

EL  
VALDEY

DRPS  
FA  
1125

UNIVERSITAT D'ALACANT  
Biblioteca Universitaria



0500772883



XL  
VALDEY  
I  
I

22

Ex Libris



Russell Perry Schold, III

22

7 J

EL VALDEMARO.

TOMO I.

FL DRPS FA/1125v.1

0500772883

C

# EL VALDEMARO.

P. O. R.

EL P. FR. VICENTE MARTINEZ  
COLOMER,

DE LA REGULAR OBSERVANCIA  
DE N. P. S. FRANCISCO DE LA  
PROVINCIA DE VALENCIA.

TOMO I.



EN VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE JOSEPH DE ORGA.

AÑO 1803.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

*Se hallará en la Librería de Mallen,  
junto á San Martin.*

## PROLOGO.

**P**lacer y utilidad : he aquí los principales caracteres que debe tener una obra para que sea recomendable. El placer, puede embriagar el espíritu de los lectores, y enagenarlo en sabroso éxtasis, pero siempre dexará vacío el entendimiento; ni la utilidad podrá llenar jamas este vacío, quando se fixa en una instruccion seca y áridamente propuesta : por eso da Horacio la palma, al que con ingeniosa sagacidad sabe mezclar lo útil con lo dulce. Pero este es un privilegio que solo á sus clientes conceden las Musas; y qualquiera que no tenga la fortuna de contarse en este número, no podrá gloriarse jamas de producir obras marcadas con tan bellos caracteres.

¿Qué podré yo pues prometerme de esta que ofrezco al público? Sin la

amable libertad del genio , sin espectáculo de mundo , sin modelos sobre que formarme , y sin ninguno de aquellos auxilios que , al paso que contribuyen á encender la imaginacion , ponen en movimiento la noble emulacion de un estudioso , ¿ cómo habré sabido formar una obra agradable á los delicados literatos ? El silencio del claustro , el retiro de la celda , una meditacion lenta y fria , no pueden excitar ideas para formar una fábula maravillosa y verosímilmente sostenida , cuyos episodios sean oportunos , bien pintados los caracteres de las personas , vivas y graciosas las descripciones , animadas las narraciones , afectuosas y patéticas las escenas , exácta la elocucion , y primorosamente executado quanto se requiere para una obra de esta clase.

Conozco la dificultad de la empre-

sa , y este conocimiento me arrebatara las esperanzas que podia formar de un feliz desempeño. Sin embargo , ya que esta obra no sea del todo agradable , á lo ménos he procurado que no sea del todo inútil ; para cuyo efecto me he propuesto manifestar , que la providencia de Dios asiste en todos los acontecimientos de la vida humana ; y que el hombre , léjos de resistir á sus disposiciones , debe dexarse gobernar por ellas.

Un rico y abundante fondo de erudicion ¿ cuánto no podria ilustrar materia tan vasta ? Pero yo que todavía estoy tan distante de haberlo atesorado , ¿ qué lustre habré podido darle ? Por esto , y en vista de las razones que dexo ingenuamente expuestas , espero que los sabios y juiciosos lectores sabrán disimular los defectos de este ligero ensayo que me atrevo á presentar al público.

## ADVERTENCIA.

**E**staba yo bien léjos de pensar que esta Novela hubiera hallado tan favorable acogida en el público. Obra de mis primeros años, falta de aquellas gracias y hermosuras que piden semejantes composiciones para embelesar al lector, y llevarlo como por encanto de uno en otro incidente sin cansarlo; rezelaba que hubiese quedado abandonada al olvido y á la obscuridad. Pero por fortuna ha sucedido todo lo contrario: el público la ha leído sin fastidio, la ha buscado y la busca actualmente; y vé aquí lo que me ha dado motivo para esta segunda impresión, y me lo dará tal vez para la de otras obrillas de esta misma clase que fuéron mis primeros bosquejos, y que no me atreví á publicar, sino bajo un nombre supuesto.

[ 1 ]

## LIBRO I.

**C**ON torcidos pasos corría Valdemaro hácia la cumbre de un empinado risco para precipitarse, quando le sorprendieron unas voces que decían: *no, no te precipites, tente, aguarda.* Volvió luego la vista, y vió á un venerable anciano, que con mas ligereza de la que prometían sus años, subía por una ladera del mismo monte. Era su

cabeza calva , y los pocos cabellos que le quedaban podian competir con la nieve en blancura, no ménos que su barba que le llegaba hasta el pecho. Su frente serena y espaciosa , sus ojos rasgados y vivaces , y todo su venerable aspecto manifestaban el fondo de prudencia y sabiduría que atesoraba su alma.

Apénas llegó á la cumbre del monte donde estaba Valdemaro, todavía no bien desembarazado de su sorpresa , le dixo , despues de haber reconocido su semblante: hijo mio , ¿ qué insensato furor os conduce al precipicio ? Quando con generosa magnanimidad debiais triunfar de las desgracias que os persiguen , ¿ os dexais abatir de ellas hasta llegar al infeliz extre-

mo de procurar vuestra propia muerte ? Esta es la mas infame cobardía que puede caber en el corazon del hombre : el hombre debe esperarlo todo miéntras viva ; y aunque se vea por todas partes combatido de miserias , jamas ha de abandonarse. ¿ Resistirá rebelde á los designios ocultos de aquel Dios que le dió el ser ? ¿ No sabe , que todo depende de su providencia ? ¿ por qué pues no se dexa gobernar por ella , y se somete dócil á sus disposiciones ? Abrid , abrid , hijo mio , vuestros ojos , y dad lugar á que la luz de la verdad entre á desvanecer las sombras que os ofuscan el entendimiento.

A todas estas razones estuvo Valdemaro sin pestañear , fixa

siempre la vista en un mismo sitio. Su rostro lánguido y extenuado iba sucesivamente variando de color : ya aparecía cárdeno , ya pálido , ya encendido : sus ojos llevaban expresa la imágen del furor , y en su frente estaba de asiento la desesperacion : quando arrojando un profundo y dilatado suspiro , dixo : conozco muy bien las verdades que acabais de insinuarne , pero el tropel de infortunios que me persigue ha podido ofuscarlas de tal suerte , que he llegado á verme en los términos de desesperacion en que me hallais. Si supierais ::: ¡ Oh ambicion :: ! ¡ Oh Reyno :: ! ¡ Oh Cristiano cruel :: !

No sale con tanta violencia la sangre de una vena oprimida

quando la rompe la aguzada punta , como saliéron en este instante las lágrimas de los ojos de Valdemaro. Un nuevo ayre de turbacion y de ferocidad se dexó ver de improviso en todas sus acciones , y consecutivamente se fué esparciendo por su rostro una palidez poco ménos que mortal. Bien presto conoció el anciano la causa de tan funestos accidentes ; pero disimulando que la conocia , le dixo despues de haberle consolado algun tanto : hacedme el favor de veniros á mi estancia , que no está léjos de nosotros. Allá podréis ; hijo mio , darme cuenta mas tranquilamente del origen de vuestros males , y yo tendré la complacencia de daros el alivio que alcanzaren mis fuerzas.

No pudo Valdemaro responder sino con lágrimas y sollozos; y siguiendo sosegadamente al anciano, baxáron hasta la llanura, cruzáron un profundo valle, y llegáron en breve á la estancia, que era una espaciosa gruta formada por la misma naturaleza. Hallábase en el declivio de una vasta montaña, cuyos lados, doblándose á porporcion, formaban cierta especie de semicírculo. Su entrada libre y espaciosa estaba adornada de vides y de hiedras, que, ya penetrando por las hendeduras de las mismas rocas, ya enlazándose con los árboles vecinos, ofrecían un fresco y hermoso toldo. Enormes peñascos producidos naturalmente en forma de pilares, sostenían la inmensa

bóveda de aquella cueva rústica, cuyo interior, hermoseedo con varias figuras labradas por la misma naturaleza, presentaba el mas bello golpe de vista. Por una suave cuesta guarnecida de árboles y plantas olorosas, se baxaba hasta el pie de la montaña, desde donde comenzaba á extenderse una amena pradería poblada de infinita variedad de árboles que le hacían fresca sombra, y la enriquecían con sus sabrosos y sazonados frutos. En medio de ella se veían como desprendidas de los cercanos montes dos robustas rocas íntimamente unidas, por entre las cuales salía un abundante manantial de agua, que partiéndose en varios arroyos, iba á perderse en la vecina playa, despues

de haber travesado por aquella feraz llanura. La menuda yerba que la cubria, la inmensa variedad de flores que la matizaban, el murmullo de los arroyos, el dulce canto de las aves, y una tropa de alegres zéfiros que jugueteaban por entre las hojas de los árboles, añadian nuevo gusto á las delicias que inspiraba aquella mansion feliz.

Al paso que Valdemaro miraba vagamente estos rústicos primores, iba fixando tal qual vez la vista en el anciano. Maravillábale mucho la nobleza de su presencia, la rectitud de su estatura, la agilidad de sus movimientos, y que la edad aun no habia podido robarle las gracias de la juventud. Sorprehendíale la

modestia y compostura que acompañaba á sus acciones y discursos; arrebatábale la dulzura de sus palabras, y no le embelesaba ménos el arte dulce que poseia de insinuarse en los corazones.

Viendo el anciano la maravillosa sorpresa de Valdemaro, le dijo con afabilidad: paréceme, hijo mio, que ya respírais con mas desembarazo, y aun creo que la deliciosa amenidad de este parage ha desvanecido las funestas sombras que la tristeza habia esparcido en vuestro corazon. Las delicias que aquí se ofrecen, y el suave ayre que se respira, son muy á propósito para dilatar el ánimo oprimido.

No son tan vulgares mis infortunios que puedan olvidarse con

tanta facilidad (respondió Valdemaro). Las gracias de la naturaleza se han hecho solamente para recreo de las almas felices, mas para las desventuradas como la mia, no se han formado sino sombras de horror mas pesadas que los montes. La amenidad de este parage, que para vos es tan agradable, á mí me es enfadosa; y el ayre suave que aquí se respira, es para mí el veneno mas cruel. ¡Ah, que vos ignorais el rigor de las penas que me consumen!

Yo no extraño (replicó el anciano) que todavía os parezcan sombrías y funestas las bellezas de la naturaleza, porque aun estais penetrado de la negra melancolía: es preciso que la vomiteis ántes, y que os purifiqueis per-

fectamente para que las creais tan agradables como son. Jamas hubiera yo llegado á sentir los placeres de esta soledad amable, si ántes de venir á ella no hubiese purgado toda la hiel y veneno de mis desgracias: desde entónces aprendí el arte de vivir feliz, y desfrutar las inocentes delicias que aquí se ofrecen.

¡Eh! dexemos preocupaciones (prosiguió con ayre lisonjero): El verdor de esos árboles, la hermosura de esas flores, la belleza de esos frutos, y el primoroso enlace que forman entre sí, ¿no alegran sobremanera la imaginacion, é impiden que reciba ninguna impresion funesta? Mirad los pendientes de esos collados, y los veréis cubiertos de una ale-

gría que penetra íntimamente los ánimos de quantos los miran. Esos arroyos que corren fugitivos al través del prado ¿qué ideas tan alegres no nos ofrecen? Su precipitado curso por entre los riscos, dando graciosos saltos y formando copos de plateadas espumas, nos llena de un contento inexplicable. Los floridos tejos, los álamos frondosos, los elevados pinos, y esos árboles, cuyos caducos troncos aprisiona con agradables lazos la zelosa yedra, forman el mas delicioso espectáculo: y esa vistosa variedad de montes que nos rodea ¿no es capaz de hechizar al alma mas grosera? Los unos ¡qué soberbios se ostentan! ¡qué altivos! parece que mal satisfechos de su esfera quieran

elevarse sobre la de las estrellas. Los otros ¡qué humildes! apenas se atreven á levantar su cabeza sobre la tierra turbados quizá y embarazados del respeto y temor que les infunden los soberbios: pero ¡quán contentos se hallan tambien con su fortuna! Nada envidian á los otros, ántes se lastiman de su suerte, porque su elevacion misma les hace el blanco de las tempestades mas horrosas.

Volved pues ahora la vista hácia ese inmenso mar que se descubre, y veréis qué claro y apacible se manifiesta: parece que ninguna ola se atreve á levantar mas que la otra: todas guardan uniformidad en sus movimientos, y van llegando unas en pos de

otras á besar blandamente la contraria costa. Pero ¡ah, si lo vierais quando locamente se ensoberbece! Veriais entónces como brama furioso, como encrespa sus ondas, como se empeña en demoler los riscos mas soberbios que se le oponen: mas ellos siempre inalterables, desprecian sus ataques, y se burlan de su loca y temeraria porfia. ¡Oh, y quán bien nos enseñan el desprecio que debe hacer un corazon magnánimo de los embates de la fortuna! Quantas veces miro alguno de estos peñascos, y observo como se mantiene tranquilo y sosegado en medio de las furiosas olas que le combaten, de las tempestades que forman espantosos estruendos sobre su cabeza, y de los vientos que

intentan oprimirle por todas partes, se me figura un héroe, cuya firmeza no se rinde á los contratiempos.

Si pudiéramos transformarnos en rocas (dixo Valdemaro), sin duda nos burlariamos de las inconstancias de la fortuna; pero somos sensibles y no podemos resistir á ellas: lo contrario son halagüeñas imaginaciones de filósofos. ¿Cómo es posible que un hombre, á cuyo rededor revolotean las pasiones confusamente como sombras, pueda encontrar aquella luz que necesita para ver con un mismo aspecto todas las variaciones de la fortuna? Si la fortuna le eleva sobre el monte de las dignidades, se ensoberbece; si le precipita hasta los valles

mas profundos de las miserias , se abate , se confunde , se desespera. Esas almas inaccesibles á los infortunios , é inalterables en las felicidades , serán de distinta naturaleza.

De una misma naturaleza son las almas del hombre fuerte y del débil , del prudente y del temerario , del modesto y del vano , del sabio y del ignorante , del feliz y del infeliz ( respondió el anciano con gravedad ). Su diferencia la regulamos por el cuidado que pone el hombre para vencer las pasiones. ( Hablo de esta suerte para que nos entendamos mejor ). Si el hombre se dexa dominar de ellas , no haciéndoles guerra desde que la luz de la razon comienza á rayar en su entendimiento,

el alma se viste del color de aquellas que la señorean , y se vé abandonada á una torpe disipacion. Ya no puede entónces obrar segun ella quisiera ; se halla sin fuerza para rebatir los violentos choques de los placeres ó de los disgustos , déxase llevar á su arbitrio , y en situacion tan infeliz , las riquezas la deslumbran , los honores la ciegan , los placeres la estragan , los infortunios la abaten , y las mudanzas de la fortuna la hacen un espectáculo digno de compasion.

Pero al contrario , si el hombre desde el principio comienza á resistir sus pasiones hasta prevalecer sobre ellas , el alma sostiene sosegadamente su dignidad , manda sobre la materia que la cir-

cunda , la dirige por donde quiere , decide y no replica : en una palabra , hace con ella lo que un señor con su esclavo á quien castiga quando es desobediente. Impone silencio entónces á sus sentidos segun juzga conveniente ; y entregada á sí misma en aquella silenciosa quietud , conoce su esencia , su inmortalidad , su espiritualidad , su nobleza ; vé la rapidez con que se suceden unos á otros los gustos y los pesares de esta frágil vida , y que la brevedad de unos y otros es mucho menor que la de un minuto comparado con la eternidad. Conoce que los placeres que tanto arrastran á los hombres , no son mas que ligeras exhalaciones que se desvanecen en el mismo instante que se for-

man ; que las riquezas son un fardo pesado que abruma el corazón del que las posee indiscretamente ; que los honores son unos vestidos prestados , que solo nos cubren durante la voluntad del que los prestó ; que los infortunios no son sino ligeros golpes que hieren infructuosamente en la pequeña porcion de barro que la rodea , y que no pueden llegar á lastimarla : bien así como aquellas balas disparadas desde léjos , que perdiendo la fuerza en la distancia, tocan blandamente los muros , pero no los penetran.

No estaba todavía Valdemaro para largas doctrinas , porque su imaginacion siempre fixa en sus desgracias , no le daba lugar para que se divirtiese á otra cosa. Lo

conoció el anciano ; y variando diestramente la conversacion , diéron fin al paseo , y tomáron la vuelta para su estancia. Por el camino solia pararse á mirar atento qualquier piedrecilla ; y á veces para divertir la fantasía triste de Valdemaro , tomaba alguna en las manos , y hacia un gracioso panegírico de sus virtudes. El mas vil insecto , y el reptil mas despreciable , llamaban su atencion ; y de las flores que nacen por los senderos y se pisan sin advertir hacia una curiosa anatomía.

De esta suerte se restituyéron sosegadamente á la gruta , y luego extendió el anciano unas pieles de animales , sobre las cuales puso varios trozos de cecina hecha de aves y fieras prendidas en los

lazos que él mismo les armaba. Despues sacó indistintamente gran cantidad de aquellas frutas con que los árboles le recompensaban su trabajo , y algunos generosos licores que él propio hacia de las uvas , manzanas y granadas que le ofrecia el terreno.

Despues de concluida la sabrosa cena , dixo el anciano : ya es tiempo , hijo mio , que os deis á conocer á este viejo que no solicita sino vuestra felicidad. No tengais reparo de decirme quien sois , y por qué lances habeis venido á parar á este rincon tan olvidado de las gentes. Por extraños que sean, no me causarán novedad , porque gracias al cielo estoy bastante experimentado en las inconstancias de la fortuna. No os dexeis cosa

por decir, que estoy con impacientes deseos de saberlo todo.

Si la relacion de mis infortnios puede servir de recompensa á la voluntad que mostráis de favorecerme (respondió Valdemaro), yo os la haré con toda la sinceridad de mi corazon, aunque se renueve mi pesar con la repeticion de memorias tan funestas: pero confio que sabréis depositarlas en vuestro pecho, sin que se traduzcan por ningun término.

Heroldo Rey de Dinamarca, despues de haber gobernado sus pueblos por espacio de diez años, murió infelizmente á manos de Christerno el menor de sus dos hijos. Ocupado solo en arrebatar la corona que en algun tiempo habia de ceñir sus sienas, se le

veia andar errante de un negocio en otro, lleno su corazon de inquietudes y proyectos, de temores y esperanzas. Parecíanle muy perezosos los pasos del tiempo que se dilataba en colocar la corona sobre su cabeza, y no pudiendo sufrir tanta dilacion, inventó la maldad mas fea y detestable que se puede imaginar.

Logró introducir veneno en la copa de oro en que bebia Heroldo, y como no tenia este la mas leve desconfianza de sus vasallos por su candor y justicia, prendas que le hacian dueño de los corazones de todos, y no le permitian formar de nadie la mas ligera sospecha, bebió el veneno que el Mayordomo cohechado por Christerno le dió entre las ale-

grías de un convite. ¡Ay de mí! Cogióle al instante un mortal desmayo: Christerno fué el primero que se arrojó sobre su moribundo padre, y aunque tenia por cierta su muerte, disimuló con hacerle aplicar remedios. Los Ministros que se halláron presentes, se vieron sobrecogidos del espanto, y se abandonáron á una torpe inacción: solo Christerno y el infame cómplice de su maldad tuvieron valor para dar gritos, mesarse los cabellos, rasgarse los vestidos, y bañar al infelice Rey con sus fingidas lágrimas. Al instante se extendió la confusion por todo el palacio, y no se percibia sino el eco triste que repetia: *el Rey es muerto, el Rey es muerto.*

Suspendióse aquí Valdemaro

un largo espacio; y animándole el anciano para que prosiguiese, exclamó: padre mio, amado padre mio :: ¡ah, y si hubiera tenido yo la fortuna de morir con vos! no se veria ahora vuestro hijo Valdemaro hecho blanco de las crueldades de Christerno... ¡Christerno cruel! ¿no te contentaste con quitar la vida á tu viejo padre, sino que echaste sobre mí la infamia de su muerte? Adorado padre mio: si allá en la region de los inmortales os queda libertad para volver hácia mí vuestros amables ojos, miradme gimiendo los reveses de una enemiga suerte; mirad á vuestro hijo Valdemaro iniquamente perseguido del pérfido Christerno. ¡Ah! y si en el feliz estado en que os hallais, pudierais sentir algun

género de dolor , ¡ cuál lo tendríais de ver la ciega ambicion de Christerno , y las desgracias de Valdemaro !

Las lágrimas y suspiros que arrojaba casi no le dexaban proferrir palabra ; y serenándole el anciano con sus discretas reflexiones, le dixo (disimulando el dolor que al oírle habia penetrado su alma): **pues ¿ de dónde vino que Christerno os atribuyese el infame parricidio que habia cometido ? Como yo era el heredero inmediato de la corona (respondió Valdemaro) , era preciso que muerto Heroldo , me diese tambien á mí la muerte , ó que inventase otra perfidia , para que yo no fuese obstáculo de su ambicion , y pudiera él coronarse pacíficamente.**

En efecto apénas el veneno comenzó á entorpecer los movimientos de Heroldo , mi hermana Ulrica-Leonor y yo nos rendimos á un desmayo poco ménos que mortal , y quando volví en mi acuerdo , me hallé entre los horrores de una cárcel cargado de cadenas y de esposas. Entónces fué quando el impio Christerno publicó á su salvo , que yo habia envenenado á mi padre , y que avergonzado y lleno de terror por tanta maldad , habia buscado mi asilo en la fuga. ¡ Oh , y cómo sabe fingir la malicia !

Para hacer mas creíble tan excrable impostura , despachó inmediatamente varias postas para que me hiciesen prender donde quiera que me hallasen. ¡ Qué su-

perfluas diligencias! Bárbaro hermano, ¿cómo no partias el veneno, para que una misma muerte arrebatara mi vida juntamente con la de mi padre? O ¿por qué (ya que la ambicion del cetro te cegaba tanto) por qué no me dabas á mí todo el veneno, y dexabas en paz la vida de tu anciano padre, que no estaba ya muy distante del sepulcro? ¡Que! ¿te parecia largo el corto tiempo que podia tardar en caérsele la corona de la cabeza? Monstruo de maldad, ¡quánto mejor seria, que hubieras quedado muerto en la misma cuna!

Viendo el anciano que el dolor obraba con sobrada fuerza en el corazon de Valdemaro; temeroso de que la cólera, á manera

de torbellino arrebatase con su violencia la quietud que comenzaba á introducirse en su alma, le dixo: bien conozco que ese fué un lance terrible. Dar un hijo la muerte á su propio padre, arrebatár la corona que iba á colocarse derechamente sobre la cabeza de su hermano, y atribuirle por último la infame culpa del parricidio, son golpes atroces y violentos; pero golpes con que se labra el heroismo de un alma si los sufre con paciencia. Ellos la abaten furiosamente, pero incontrastable á las baterías, logra despues un lucimiento igual á su triunfo; así como el oro brilla mas despues de resistir constante á los golpes del martillo. Esta es la escuela donde el alma aprende á obrar con libertad aun

en medio de la esclavitud mas ignominiosa : donde abre los ojos para ver la serenidad con que deben mirarse los acontecimientos de la vida humana : y donde conoce que la ruina de unos y elevacion de otros , no son sino disposiciones del Señor para humillar nuestra soberbia , y hacernos ver que de sola su voluntad dependen todos los sucesos.

He aquí el carácter de los hijos de la sabiduría : guarecidos en la fortaleza que tienen dentro de su mismo corazon , no hacen caso de otro objeto que no sea aquel Ser eterno é inmutable que reconocen sobre sí. La serenidad que está de asiento en su ánimo , les aligera el peso de los infortunios , y les hace inalterables á las miserias anexás

á nuestra frágil naturaleza ; y caminando tranquilamente por la senda de los trabajos , llegan á la cumbre de la verdadera felicidad , que consiste en no depender de nadie mas que de Dios , de quien todos dependen. ¡ Desgraciados aquellos á quienes una continuada prosperidad va llenando los espacios de sus deseos ! El progreso de sus felicidades se ha de interrumpir , y miserablemente han de dar en el abismo de las desgracias.

Bien experimentará esta verdad vuestro hermano Christerno. El se vé sobre el trono de Dinamarca , ceñidas sus sienes con la corona de magestad , ocupada su mano con el cetro del poder , pero llena su alma de remordimientos. Las funestas memorias de la

muerte que impio dió á su padre, serán un continuo torcedor que no le permitirá un instante de sosiego, y la perfidia de manchar vuestra inocencia con la infame calumnia del parricidio que cometió, le redoblará los tormentos. El es verdaderamente infeliz, y léjos de ser envidiado por su elevacion, merece que le compadezcamos.

Yo estoy muy distante de tenerme por feliz (dixo Valdemaro todavía no bien enxutos sus ojos); pero tampoco dexo de tener por mucho mas infeliz á mi hermano. Si las fingidas lágrimas que vertió para disimular su delito cesáron luego, no tardáron mucho en atormentarle los remordimientos de su conciencia. Parecíale que

todos leian en su semblante su abominable crimen, y no osaba dexarse ver de sus vasallos: el peso de la corona le abrumaba la cabeza, y á cada momento se hallaba con ménos fuerza para sostenerla: lleno de confusion, y penetrado de tristes cuidados, perdía el tino en su conducta; semejante á un ciego descaminado y sin guia. Colocaba nuevos hombres en dignidades que no merecian, y privaba de ellas á los de un mérito verdadero.

Andrónico fué el primero que sufrió este golpe; pero jamas pudo doblar la firmeza de su corazon. Era Andrónico hombre de mucha entereza para que Christer no lo tuviera cerca de sí. Temia á Dios, amaba la verdad, y no co-

nocia la adulacion : las palabras que salian de su boca , eran una señal nada equívoca de la sinceridad y pureza de su pecho : sus decisiones no las pronunciaba sino despues de una larga y séria meditacion : los mas turbulentos negocios nunca pudieron hacer que se olvidara de sí mismo : por eso jamas en su mano perdió el equilibrio la balanza de la justicia. Constituido en el alto puesto de Primer Ministro , nunca se le vió inaccesible á los inferiores ; ni se dexó ver jamas con sobrecejo , sino contra los artificios de la hipocresía y las arterias de la adulacion. Su corazon era el centro donde encontraban descanso los miserables , y para socorrerles con presteza , se desprendia de sus

propios intereses. ; Quántas veces extendia su compasiva mano á los desgraciados y destituidos de todo auxilio ! ; Quántas veces corriéron por sus mexillas lágrimas de ternura al oir los clamores del pobre , que salian cansados desde el obscuro centro de los calabozos ! ; Se vió acaso Ministro mas amado de los hombres ? Toda su complacencia era repartir gracias ; y sus miras no se extendian sino á la paz de los pueblos , y felicidad de su Soberano. ; Ah ! Eternamente lo llorará Dinamarca. ; Andrónico , Andrónico ! ; oh , si yo pudiera veros ahora , abrazaros , estrecharos entre mis brazos ! ; quán dulces se me harian estas lágrimas que vierto ! ; quán suaves estas desgracias que sufro ! vuestra vista so-

la haria deliciosas las fatigas mismas que tanto afligen mi espíritu.

Permitidme, señor, estas lágrimas que me hace derramar la memoria del amable Andrónico. No os parecerán importunas, si considerais que él solo fué el apoyo de mi niñez, que él enderezó mis primeros pasos, que él fué mi maestro, mi luz y mi guía. No son sin causa las lágrimas que derramais (dixo el anciano), antes las juzgo muy propias del amor que profesais á Andrónico. Andrónico si tuviera la dicha de veros ahora, no se enterneceria ménos; así como yo mismo lo estoy sintiendo en el fondo de mi corazón. Mas ¿cómo tuvisteis ocasion de saber su caída, quando estabais sepultado en una cárcel igno-

rada? y ¿por qué conducto se pudo saber que Christerno y el Mayordomo envenenaron á vuestro padre?

Despues de mucho tiempo (respondió Valdemaro) que yo estaba preso y privado de toda comunicacion, supo mi hermana, no sé por qué conducto, mi fatal situacion; y como ademas de los vínculos de la sangre la estrechaban conmigo los del cariño, y tenia un mortal odio á los infames procedimientos de Christerno, buscó medios oportunos para visitarme, y darme aquel consuelo que podian permitirle sus pocas fuerzas. Anegada en lágrimas me contaba las insolencias del intruso Rey, las excesivas diligencias que fingia practicar para prenderme, y exe-

cutar los castigos debidos al enorme crimen que me atribuia. Contóme que habia despojado á Andrónico de su dignidad, y desterrádolo ignominiosamente, mandando so pena de la vida á los marineros sus conductores, que por ningun caso revelaran su destino. Díxome, como consecutivamente desterró á todos los sabios y zelosos Ministros que mi padre habia elegido para el buen régimen de la corona, dexando solamente al rededor del trono malvados aduladores; y así me iba contando sucesivamente las injusticias que hacia, y las desgracias del pueblo que gemia baxo tan tirano yugo.

Aunque me afligian extraordinariamente estas noticias, sentia

cierta especie de consuelo con las visitas de mi hermana, y las deseaba con eficacia; de suerte, que si pasaba tal vez algun dia sin visitarme, me acongojaba en extremo; no tanto por verme privado de este alivio, como por el rezelo de que á Christerno se le trasluciera nuestra inteligencia, y executara con ella alguna tropelía. De aquí podeis inferir qué dolor debió de penetrarme el alma, quando ví pasar muchos dias sin que me visitara. Desde entónces pensé haber perdido ya toda esperanza de remedio; juzgaba ciertas las sospechas que habia formado: mi imaginacion corria rápidamente de un objeto á otro, y en todos veia retratada mi muerte y la de mi hermana. Ya comenzaba á creer

sin repugnancia todo quanto imaginaba , quando una noche , la misma noche que contaba seis años de mi duro encarcelamiento , oigo abrir las puertas de la cárcel. Me estremezco : un nuevo horror se apodera de todos mis miembros ; y hubiera desfallecido de congoja si no me alentara luego la voz que oí de mi hermana. Valdemaro (me dixo sobresaltada) , tu inocencia está ya declarada ; pero ahora está tu vida en mayor peligro que nunca. Suenon el Mayordomo , hoy al morir , ha confesado públicamente su traicion y tu inocencia. Ha dicho , que cohechado por Christerno envenenó la copa de oro en que bebía nuestro padre ; y sin proferir otra palabra espiró. Pe-

ro ; ay de mí triste ! el tirano Christerno y sus perversos Ministros procuran persuadir al pueblo , que la fuerza del delirio arrancó á Suenon estas palabras , y que pronto se castigará al autor de la muerte de Heroldo. Yo no sé , hermano , lo que podrá resultar ahora , ni lo que será conveniente que hagamos.

Contemplad , señor , si bastaban estas nuevas para quitarme la vida. Mi hermana tenia anegado en lágrimas el rostro , y yo no podia reprimir las mias. Enlazaba sus tiernos brazos en mi cuello , pegaba sus labios con los míos , tocaba las esposas y grillos con que estaba amarrado , y de tal suerte apretaba entre sus manos la cadena enorme que me oprimi-

mia el cuello , que parecia quererla romper , ó con el ansia de sus suspiros , ó con las débiles fuerzas de sus brazos ; pero cansada de sus inútiles esfuerzos cerró la puerta , y se fué.

¡ Qué confuso tropel de cabilaciones vino á combatirme en este instante ! La muerte de Suenon, la confesion de su crimen , la protesta de mi inocencia , el encono de Christerno , la indecision y sobresalto de mi hermana , todo me afligia , todo me representaba una cercana muerte. Permanecí en esta situacion hasta la siguiente noche, que volvió ella acompañada de un caballero amigo mio , y confidente suyo : no sé lo que á primer ímpetu me prometí de esta venida , y mayormente quando sentí

que me quitaban la cadena , grillos y esposas. Conociéron mi sorpresa , y alentándome con sus palabras , me conduxeron apoyado en sus brazos á una puerta casi olvidada. Hallé prevenido el equipage necesario , y tres caballeros amigos que me habian de acompañar hasta dexarme en Suecia, cuyo Rey estaba ya prevenido ántes por mi hermana. Despedímonos mas con lágrimas que con palabras , y sin tardanza nos pusimos en el puerto , donde estaba ya dispuesta la nave en que habiamos de partir.

Embarcámonos , pero fué para encontrar trabajos no ménos rigurosos que los que sufrí en la cárcel. El viento favorable comenzaba á llenar las velas , y nos animó

á levar áncoras para nuestro viage. Al principio nos fué muy feliz: la nave surcaba tranquilamente las azuladas aguas, los zéfiros apacibles herian blandamente los costados, y parece que todo contribuía á una próspera navegacion. Mas ¡ay, que no puedo libertarme de las desgracias! De repente se trocó en borrasca la tranquilidad, y los vientos que hasta entónces movian el baxel con suave impulso, comenzáron á combatirlo con tanta violencia, que no pudo contrarrestarla todo el arte de los marineros. Las soberbias y furiosas olas ya lo levantaban hasta tocar con la gavia en las nubes, ya lo sumergian en lo profundo del mar, hasta que arrebatado de la furia de los elementos, vino á estre-

llarse contra unas rocas. ¡Qué terror! Los clamores y gemidos tristes hubieran llegado hasta el cielo, si no los confundiera el espantoso estruendo de la borrasca. ¡Con qué dolor oíamos repetir tal vez el eco amargo de los miserables náufragos que luchaban con las ondas!

¡Ay de mí triste (decía yo fluctuando sobre una tabla)! ¡ay de mí triste! y ¡quánto mejor me fuera permanecer en la cárcel, aunque se me doblaran los trabajos! Dulce hermana mia, ¡quán infructuosas han sido tus diligencias! Llevada del natural cariño, atropellaste dificultades para ponerme en libertad; pero la fortuna obstinada ha burlado tus desvelos. ¡Ah! si me vieras ahora

batallando con la muerte en medio de estas enfurecidas aguas, ¡ cómo verterías lágrimas mas amargas que las que te arrancaba el horror de mi estrecha cárcel!

Cansado de quejarme suspiraba, gemia, y en lo mas profundo de mi angustiado corazon clamaba al cielo que me librase de tan inminente riesgo. Oyó compasivo mis clamores, porque despues de haber sido todo el dia infeliz juguete de la borrasca, permitió que llegase á la punta de una pequeña isla. Besé la tierra deseada, y comencé á recorrerla toda, por ver si encontraba donde refugiarme: pero fué en vano. Expuesto á las inclemencias del tiempo en un parage solitario, me asaltó la noche. ¡ Qué noche, ama-

ble anciano! Las entumecidas ondas que divisaba con la reverberacion de los relámpagos, el bramido de los vientos que desgajaban los árboles vecinos, la violencia irresistible de los rayos que partian en trozos las rocas del contorno, eran los objetos que aumentaban el terror de mi triste situacion.

Llegó el esperado dia: pero solo amaneció para doblar mis males; porque ni en toda la isla, ni en todo lo que del mar se descubria, se me presentó esperanza de remedio. Afligiase mas y mas mi corazon, y penetrado de mortales congojas, me senté sobre una roca, contra la qual batian furiosamente las olas.

A poco rato que estuve repasando mis desgracias, y las in-

constancias de la fortuna , descubrí un poderoso navío que dirigia la proa hácia donde yo estaba. Dilatóse mi corazon , y cobráron aliento mis desmayadas esperanzas , quando se oyéron mis voces , y ví que botaban el esquife al agua para recogerme. Recibieronme generosamente en el navío , y me agasajáron sin omitir diligencias de quantas juzgáron convenientes para esforzar mi descaecimiento.

El Capitan que era Polaco , como toda la tripulacion , luego que me vió recobrado , me preguntó quién era , y por qué lances habia llegado á tan infeliz extremo. Yo , disimulando mi patria , mi calidad y mis infortunios , le dixé , como navegando desde Dinamarca

á Suecia habia naufragado , y que impelido de la tormenta logré arribar sobre una tabla á la isla donde me acababa de encontrar. Dolióse de mi desgracia , y sin mas motivo que el de su benignidad y natural compasion , me trató amorosamente todo el tiempo que mi contraria suerte permitió que estuviese en el navío.

Suspended vuestro razonamiento (dixo el anciano) , que ya es hora de que entregueis vuestro cansado cuerpo á la quietud del sueño. Retiraos , hijo mio , sin susto alguno , que en este pacífico albergue nada hay que pueda perturbaros. Desviad de vuestra imaginacion ideas tristes , y disponeos para dormir , que mañana acabaréis de contarme vuestra historia.

Con esto se retiraron á la gruta, y el anciano acomodó á Valdemaro en un apartamiento, donde le dispuso un lecho de secas espadañas y lanudas pieles.

LIBRO II.



A venia la bella aurora anunciando con sus rayos el arribo del nuevo sol: las placenteras aves celebraban su venida con dulces gorgéos; y enagenadas de contento, ya se remontaban hasta esconderse entre las estrellas, ya se precipitaban rápidamente, haciendo mil giros por la vaga region del ayre: la alegría andaba cubriendo maravillosamente los

campos , al paso que las flores, descollando por entre las frescas yerbecillas , aumentaban su hermosura con bellos y delicados matices. Luego se dexó ver el sol sobre el horizonte con agradable magestad , y toda la tierra se llenó de luz. Entónces abrieron los ojos el anciano y Valdemaro , y salieron á disfrutar las hechiceras delicias que les ofrecia la naturaleza.

Ya es tiempo (dixo el anciano) de que acabeis , hijo mio , de contarme vuestros sucesos : lo estoy deseando con impaciencia. Os los acabaré de referir con mucho gusto (respondió Valdemaro) para recompensar con esta corta fineza las obligaciones que os debo. Sí (replicó el anciano) , que tal

vez , atendiendo á mi voluntad, no las deberéis mayores al mismo Andrónico. ; Ah , que no sabeis vos cuánto es lo que le debo ! (dixo Valdemaro). Está muy bien (prosiguió el anciano) : Andrónico debió de observar vuestras inclinaciones para dirigir vuestros pasos en la niñez ; debió preparar vuestro espíritu para imprimir en él las máximas de la verdad y de la religion ; y en suma debió daros una educacion conforme á vuestro nacimiento : pero á pesar de sus prudentes cuidados , hubierais perecido desastradamente , á no haber yo cortado los pasos que os conducian al precipicio. Andrónico fué vuestro maestro , y yo soy vuestro padre , si considerais que por mí vivis ahora , por mí respi-

rais, y por mí finalmente os veis otra vez en camino de merecer el goce de Dios, que es el último fin del hombre. ¿A quién pues debeis obligaciones, á vuestro amado Andrónico, ó á este pobre viejo?

Estas razones aviváron las ansias que Valdemaro tenia de saber quién era el anciano, pero no se atrevia á preguntárselo, hasta que venciendo en fin todo reparo, le dixo: no esperéis que yo prosiga la narracion de mis sucesos, hasta que os digneis decirme quién sois, porque vuestras razones tienen á mi corazon lleno de sobresaltos: ¿no podré saber yo á quién confio mis secretos? Nada os quedará por saber (respondió el anciano): proseguid con sencillez vuestra

historia, como me lo prometisteis, y dexadme á mí para despues el cargo de satisfaceros. No quiso importunarle Valdemaro, y con la esperanza de que serian satisfechos sus deseos, prosiguió diciendo:

No duró mucho tiempo la quietud que gozaba en la nave, porque luego se trocó el viento, y comenzó á impeler las velas en contrario tan violentamente, que fué preciso retirarnos á un abrigo que se formaba entre dos montes, suficiente para resguardarnos. A breve rato que estábamos sobre las áncoras, vimos cruzar sosegadamente por la falda del monte dos robustísimos venados. Provocado de la esperanza de la presa, salté en tierra con otros caballeros aficionadas; y al instante se prepa-

raron unos para la caza, y otros para el oxeo. Espantados los venados, marcharon con velocidad por distintos rumbos. No tardó el uno de ellos en cruzar la senda que yo guardaba; tiréle y le atravesé una pierna: sin embargo metióse huyendo en un espeso bosque, y yo me empeñé en seguirlo; pero á poco tiempo perdí el venado, el tino y el gusto. Ya seguia una senda, ya la perdía, ya buscaba otra infructuosamente, ya tal vez me hallaba sobre un derumbadero á cuya vista me estremeaba. Clamaba desde lo mas intrincado de las selvas, daba gritos á mis compañeros, pero solo me respondian los ecos para aumentar mi espanto. Las crueles memorias de mis pasadas desgracias venian

á insultarme de tropel, y batiendo furiosamente mi descaecido corazón, me reducian á punto de desesperar.

En esta situacion cerró la noche. ¡Qué confusion! ¡qué horror! Al oír los terribles bramidos de las fieras que salian de lo mas enmarañado del bosque, los cabellos se me erizaban, y por instantes esperaba ser infelice cebo de su voracidad: qualquiera leve ruido me asustaba, y hasta el blando susurro que formaba el viento en los vecinos árboles, me causaba espanto: ni me resolvía á quedarme, ni á dar un paso para salir de aquella pavorosa soledad, temeroso siempre de mi precipicio; hasta que por último, sacando un eslabon, yesca y pedernal de

que iba prevenido , formé una hoguera , y pasé junto á ella la noche lleno de melancólicas imaginaciones.

Quando ya comenzaba á declararse la aurora , sentí un ruido entre los vecinos árboles : púseme en pie , alcé un poco la cabeza , y ví que venian hácia mí dos hombres armados , de una estatura mas que regular , y al parecer de mucho aliento. Lleganse al instante , y sin hablar palabra , me atan fuertemente los brazos por las espaldas , y toman otra vez el camino por donde habian venido. ¡ Qué especie de inhumanidad es esta ( decia yo entre mí mismo ) ! ¿ Han de ser mas compasivas las fieras que los hombres ? Ninguna de tantas como habitan estos bos-

ques ha dado en el furor de ofenderme , ¿ y los hombres me maltratan ? ¡ Qué impiedad ! Vosotros , qualesquiera que seais ( les dixen entónces ) decidme por lo que mas amais sobre la tierra , decidme , ¿ adónde me conducís , ó qué intentais hacer de mí ?

Sin responder palabra , ántes bien acelerando el paso , me transportaron á la otra parte de unos montes , cuyas altas cimas se escondian en las nubes. Desde allí se descubria una hermosa vega poblada de quintas bellamente situadas , de árboles oprimidos baxo el peso de sus frutos , de sotos apacibles , y de otros objetos á cuya hermosura daban mayor brillo los claros arroyos , que serpeaban por entre la menuda yerba. Servia de

marco á este bello quadro una cordillera de montes inaccesibles, en cuyos pendientes se veian oscuros bosques, profundos valles, y negras bocas de grutas que dexaban al alma indecisa entre el agrado y el horror.

Tan bello golpe de vista (interrumpió el anciano) desvaneceria sin duda el temor que os agitaba. No fué capaz (respondió Valdemaro), pues contemplaba que no era llevado allí para disfrutar delicias. Si tuviera yo la suerte (me decia á mí mismo, viendo la multitud de ganados que oprimian aquellos montes); si yo tuviera la suerte de pastorear alguna porcion de aquellos inocentes animales, ¡por quán feliz me reputaria! Aquí acabaria yo

mis días tranquilamente; la memoria de mis desgracias se borraría poco á poco con la continua contemplacion de la naturaleza; no vendrian á molestarne ya las crueldades de Christerno; y olvidaria insensiblemente las ternezas de mi hermana, cuya memoria me affige tanto. El pellico y el cayado serian para mí mas dulces que la corona de Dinamarca: no experimentaria yo aquí la infeliz suerte de los Reyes que tienen por vasallos hombres ingratos y desleales: una corta porcion de simples ovejas formaria para mí un pueblo fiel y agradecido, que gobernaria con inviolable paz: pero no se guarda para mí semejante felicidad.

Ni vos la admitiriais, si se

hubiera interrumpido entónces el curso de vuestras desgracias (dixo el anciano). Estos pensamientos, propios de los que se hallan en miserable estado, se desvanecen quando se vén en mejor fortuna, del mismo modo que las promesas del cautivo se olvidan, quando se mira libre de las cadenas. Si en aquel mismo instante que os parecia tan feliz la vida de los pastores, os hubieran presentado la corona de Dinamarca, seguramente no la pospondriais al pellico y cayado. No lo sé (respondió Valdemaro); pero siempre estimaria mas baxar tranquilamente al estado de pastor, que subir al trono con la violencia que subió Christerno. Pensais con acierto (prosiguió el anciano): aun-

que de qualquier modo que se suba al trono, siempre es para echar sobre los hombros el gravísimo peso de los cuidados; quando el simple pastor goza libremente de una envidiable tranquilidad en las selvas. La vida feliz del campo, aunque al parecer nada brillante como la de la corte, es preferible á la turbulenta que llevan los que están constituidos en altas dignidades: pero volvamos á vuestra historia.

Luego que llegamos á la mitad de aquella vega (prosiguió Valdemaro), me conduxeron á una quinta de hermosa arquitectura y de bella situacion. Presentáronme á un viejo llamado Gesner, venerable por su barba larga, cabellos encanecidos, rostro grave, y noble

presencia ; bien que se apoyaba ya sobre un grueso palo de finísimo évano. Miróme largo rato como asombrado ; pero tomándome luego por la mano , y arrimándose-la fuertemente al pecho , me dixo con voz apacible : No es novedad que los hijos de los Reyes anden errantes por mares y por tierras, gimiendo baxo el peso de una cruel fortuna. ; Oxalá que ántes de empuñar el cetro , aprendiesen todos en la escuela de las adversidades el arte de regirlo ! Entónces juzgarian á sus pueblos segun las leyes de la equidad ; las opresiones injustas con que los potentados hacen gemir á los desvalidos , serian severamente castigadas , y los pobres que se hallan sin apoyo , encontrarian abrigo

en el mismo trono. La *Paz* y la *Justicia* se dexarian ver dulcemente enlazadas sobre el régio solio , y sus sabrosos frutos se derramarian hasta los extremos de la tierra. Los Reyes extrangeros, desde sus apartados tronos extenderian sus brazos para enlazarlos con los de tan benigno Rey , y las naciones mas distantes doblarian respetosamente la rodilla , y le tributarian inciensos y adoraciones. El Dios de bondad derramaria entónces sus abundantes y preciosos dones sobre sus pueblos, y jamas apartaria la vista de sus estados. Este ha de ser vuestro carácter , amado Valdemaro.

Así habló Gesner , y yo quedé extraordinariamente maravillado de lo que acababa de decirme,

de suerte que apénas tuve libertad para hablarle: tal fué la admiracion que me causáron sus palabras, y el respeto que me infundió su magestuosa gravedad. Pero luego que me conduxo á su habitacion, le dixé: Permitidme, venerable anciano, que os pregunte quién sois, y cómo ha llegado á vuestra noticia mi nombre y mis desgracias. ¿Conocisteis por ventura á mi padre? Tuve el honor de conocerlo (me respondió), y tambien á vos en otro tiempo; pero vos no debeis acordaros de mí. No sé que jamas haya tenido la dicha de veros (le dixé). Pero ¿cómo sabiais (le volví á preguntar), que yo habia de venir á esta quinta? No lo sabia (me respondió); pero tenia noticia de las re-

voluciones de Dinamarca, y como presagio de las desgracias que os habian de perseguir. Mirad de qué suerte la Providencia de Dios, que es tan admirable, ha querido que yo volviera á ver un jóven que tanto amé:::

Aquí se quedó un rato suspenso; pero luego con inexplicable alegría mezclada con dulces lágrimas, prosiguió diciendo: ¡Gran Dios, ahora en los últimos años de mi vida os habeis dignado de renovar en mi alma las memorias de un Rey á quien amaba tanto! ¡La vista de un hijo que tanto le parece!:: No pudo proseguir, porque las palabras se anegáron en las lágrimas que corrian por su venerable barba; ni yo pude oírle sin enternecerme.

Mas apénas se hubo serenado, me dixo: Tres noches continuas que por temeridad ó culpable descuido de algunos, padecen incendio los vecinos montes, de suerte que casi arribáron las llamas á esta vega. Viendo repetido el exceso en la pasada noche, ordené á mis criados que procurasen averiguar quién fuese el incendiario, para corregir su temeridad, ó para castigarle si fuera preciso. Han executado fielmente mis órdenes, mas con éxito tan favorable, que por ellas he recobrado lo que mas amaba. ¡ Feliz incendio, que me ha grangeado vista tan amable! ¡ Providencia sábia del Altísimo, que me ha dado ocasion de mezclar mis lágrimas con las de un hijo que sabe llorar la tragedia de

su padre! Por repararme del frio que me molestaba (le respondí), y desvanecer algun tanto el miedo que me afligia entre esos enmarañados bosques, pegué fuego esta pasada noche; pero no tuve parte en el incendio de las antecedentes, porque me hallaba entónces ménos temeroso en una nave polaca, donde me acogió amorosamente su Capitan. Dexad para despues la narracion de vuestros sucesos (me dixo). Ahora procurad restableceros, ya que el cielo os acaba de conducir á parte donde podeis hacerlo con entera libertad.

Con esto me llevó á un retirado aposento, donde estaba prevenido un abundante desayuno por las diligentes criadas, y des-

pues de concluido , me pidió refiriese la historia de mis infortunios , como en efecto lo hice ; pero sufriendo tantos golpes de dolor , quantas eran las lágrimas que el anciano Gesner iba derramando en el discurso de mi narracion.

Habiendo empleado todo el dia en varias conversaciones relativas al trono de Dinamarca , al declinar la tarde salimos á dar un paseo por la amenísima vega ; y lo primero que se me ofreció , fué un primoroso jardin que habia enfrente de su quinta. Partíase en quatro quadros , y en ellos se representaba con singular propiedad y viveza la funesta caída de Adan y Eva.

Dexábase ver esta en el primer quadro baxo la figura de una gen-

til doncella enteramente desnuda, sueltos sin discrecion por las espaldas sus hermosísimos cabellos, reclinada á la sombra de un árbol, por cuyo tronco se enroscaba una enorme serpiente. En el segundo quadro se manifestaba en ademan de disputar con Adan , varon robusto y bizarro , que también andaba desnudo. En el tercero estaban ya los dos muy sosegados baxo un frondoso árbol cargado de tan bellos y sazonados frutos , que lisonjeaban la vista y el apetito. Adan parece que estaba ya comiendo la mitad de una fruta que le acababa de regalar su muger, y esta con ayre expresivo estaba poniendo en su boca la otra mitad. Pero en el último quadro ya no aparecian con aquella pacifi-

ca quietud que mostraban ántes: el uno huía atropelladamente del otro, y ambos con inquieta solitud procuraban encubrir su desnudez, al paso que llenos de una vergüenza nunca experimentada, se fatigaban por esconderse en la espesura.

En el término donde se cruzaban las calles que dividian los quadros, habia un espacioso estanque ceñido de un primoroso pretil. Desde su centro se levantaba una fuente de blanquísimo mármol baxo la figura de un informe monstruo que representaba al engaño. Era su rostro humano, el resto del cuerpo semejante al de la serpiente; y la cola remataba en punta como de saeta: pero estaba tan lleno de expresion, que

la vista dudosa se detenía á mirar si se ondeaba en una concha llena de agua que por diferentes caños se derramaba en el mismo estanque.

Despues de haber admirado los primores de este jardin, continuamos nuestro paseo, y me dixó: Uno de los Grandes que estaban con Andrónico, quando fué el infame nuncio de Christerno á intimarle el decreto de su destierro, era yo. Sola la constancia de Andrónico pudo sufrir sentencia tan injusta. Sin dexarle despedir de su familia, sin que se previniera para el viage, sin permitirle siquiera decir *á Dios* á sus amigos, lo transportáron del salon en donde estábamos, al navío que lo esperaba en el puerto. Harto que

hacer tuvimos nosotros en consolarlos mutuamente, y en enxugar las lágrimas á una familia ilustre que quedaba sin apoyo, expuesta á las insolencias de un Rey intruso, que no conocia otra ley que su antojo. Pero Andrónico, el sabio Andrónico, superior á las adversidades, siguió con invidiable constancia su adversa fortuna, que ignoramos hasta ahora qual haya sido.

Este funesto exemplar, y los que ví consecutivamente en otros Ministros no ménos zelosos, me hicieron prever la ruina que me amenazaba, y solo pensé en evitarla. En compañía de mi cara esposa y de mis fieles criados, me embarqué en el silencio de una noche; y al cabo de muchos días

llegamos á una cala que se forma en la otra banda de esos montes. Subí á la cumbre para ver si descubriria algun parage donde poder establecernos cómodamente, y en efecto ví esta apacible vega, solo poblada entónces de pobres casillas, y de pagizas barracas. Preadado de la hermosura del sitio, mandé desembarcar todo mi equipage; y quedando algunos para su custodia, vine yo con otros á suplicar á estos habitantes, que nos vendieran algun pedazo de tierra para fabricar una casa capaz para el abrigo de los que habiamos desembarcado. Al principio hicieron alguna resistencia, al parecer nacida mas de desconfianza que de otra causa; pero luego que procuré con sagacidad asegu-

rarles, quitándoles sus rezelos, me concilié la afición de todos en tanto grado, que ellos mismos nos condujeron todo el equipage que habíamos dexado en la cala, y nos franqueáron una casa, en tanto que se fabricaba otra mas cómoda.

No podré expresar, amado Valdemaro (me decia Gesner), con cuánta benevolencia y amor nos tratáron estas gentes. Al principio les contenia el respeto, pero con la suavidad y dulzura de nuestro trato fuéron perdiendo todo género de reparo, y ya no sabian estar sin nosotros un instante. Las mugeres con sus pequeños tornos en que hilaban la lana de sus ganados, venian solícitas á cortejar á mi esposa, en tanto que

los hombres laboriosos abrian unos la tierra para arrancar piedra de las canteras, otros preparaban la argamasa, y otros cortaban árboles para el edificio que se estaba construyendo. En breves dias quedó concluido con la suntuosidad que estais mirando. Satisfice y regalé abundantemente á los oficiales; y á los pobres que no tenían mas abrigo que el que les ofrecian sus pobres barracas, les di arbitrios y socorros para fabricar casas mas acomodadas.

Despues de estos favores, con que les iba recompensando el que me habian hecho, advirtiéndome que solo pastaban tan amena y dilatada vega dos ó tres rebaños de ovejas; y que la tierra vírgen solo producía frutas silvestres y

algunas pocas legumbres, les fuí instruyendo poco á poco en el modo de aumentar el ganado, de cultivar la tierra, de hacerla producir abundantes cosechas, de podar los árboles, y de inxertarlos, para que diesen sazonados y dulces frutos.

La mayor incomodidad que padecian era en el agua. No tenían otra que la que recogian en algunas grandes balsas quando llovía, y por lo mismo era preciso que la bebiesen cenagosa y corrompida, especialmente en el verano. Para remediar necesidad tan urgente, recorrí con escrupulosa exâctitud todo el terreno, y descubriendo señas de humedad y frescura en la falda de aquel monte, mandé hacer una excavacion,

y á poca profundidad se encontró una abundante vena de agua. Entónces me resolví á formar aquí el jardin que habeis visto, y para darle mayor realce, uno de los criados que vinieron conmigo, excelente escultor, labró esa fuente de mármol que tanto habeis celebrado; la qual vierte toda el agua que por un canal oculto se le conduce desde su manantial, y fertiliza toda esta vega. Obligados los habitantes á mis continuos favores y cuidados, me aclamaron por su legítimo Señor, y sin preceder juramentos ni promesas, me están rindiendo alegres el mas humilde y voluntario vasallage.

Mas nunca hicieron mayores demostraciones de afecto, que quando mi esposa pasó de esta

vida mortal á la eterna : parece que la misma enfermedad que la quebrantaba , iba executando tambien sus rigores en los corazones de todos. Hubiéraislo visto embreñarse por lo mas fragoso de esos montes , buscando los maravillosos simples que produce la naturaleza para restablecer su salud. No quedó reptil en el monte , ni yerba en el prado que no ensayasen para el efecto : pero ; ay de mí ! la enfermedad era mortal y no admitia remedio. Exhaló finalmente su noble alma :: yo recogí entre mis brazos su amable corazon , aquel corazon fiel :: Aquí hizo Gesner una breve pausa para dar libre curso á las lágrimas , y desahogar su oprimido pecho ; pero luego prosiguió en esta forma.

Al rededor de la cama estaban niños , jóvenes , ancianos y mugeres , deseando todos que se les arrancase el alma juntamente con la de mi esposa , para evitar el dolor que les habia de causar su muerte. No siente tanto el desamparado niño la eterna ausencia de su cariñosa madre , como sintieron estas sencillas gentes la de mi esposa : solo se oian llantos , suspiros y sollozos que despedian de lo mas profundo de sus afligidos corazones. Sin embargo os hubierais alegrado ( me dixo ) de ver el modo con que celebráron la pompa funeral.

Daban principio al lúgubre acompañamiento los niños con ramos de funestos cipreses ; seguian los hombres con los brazos cruza-

dos, caída la cabeza sobre el pecho, y coronada de amarga adelfa; luego iban los pastores vestidos de pieles negras, tañendo sus zamponas á tono lúgubre; seguía el enlutado féretro llevado en hombros de quatro mugeres ancianas, ceñidas sus sienes con coronas que se habian labrado de las amarillas flores de la retama, y en pos de él caminaban á paso grave y silencioso todas las demas mugeres con los cabellos sueltos por las espaldas, y sembrados de moradas violetas. Llegaron de esta suerte al sepulcro de piedra que hice labrar para los dos, colocaron en él al difunto cuerpo, cerráronlo con la lápida, quitáronse los funestos adornos que les ataviaban, y despues de haberlos es-

parcido sobre el sepulcro, con la misma gravedad que ántes, me acompañaron hasta dexarme en mi casa.

El luto y la tristeza, desde este dia se introduxeron en este recinto, hasta que comenzando yo á manifestar el semblante mas alegre, volviéron todos á respirar aquel ayre sereno y regocijado que ántes: pero no han olvidado por esto las memorias de mi esposa. Todos los años, en el aniversario de su fallecimiento, se juntan los vecinos, y con los aparatos de luto van en procesion hasta el lugar del sepulcro. Allí cantan las doncellas algunas endechas tristes, dictadas por sus silvestres musas, y despues de haber enramado todo el lucillo de melancóli-

cas flores , se vuelven otra vez á sus casas.

Así vivo feliz entre estas sencillas gentes que me honran llamándome su Soberano. La paz ha establecido su templo en esta dichosa morada , y el contento jamas se aleja de ella. ¡ Oh , y cuán distante estaba yo , amado Valdemaro ( me dixo ) , de saber en qué consistia la verdadera felicidad ! Si fuera posible que el mismo Christerno renunciara la corona á favor de Gesner , Gesner la despreciaria muy contento. Nada tienen que ver con la felicidad que aquí se goza , el fausto y la soberbia que habitan en los palacios. Los graves cuidados que despedazan continuamente á los poderosos , no saben el camino para llegar á es-

tos paises , donde todos sus habitantes viven moderados , laboriosos , pacíficos y alegres. El tiempo no nos parece perezoso como á los que viven en las cortes llenos de ambiciosos deseos , porque nunca apetecemos otro bien que el que tenemos , ni nuestras miras se extienden mas allá de aquel instante de vida que se nos concede.

Feliz seriais , amado Valdemaro ( me decia lleno de un contento inexplicable ) , feliz seriais , si acertarais á establecer en vuestro pueblo igual felicidad. Esos miserables que no pueden sacudir de su esclavo cuello el duro yugo de Christerno , harian entónces continuos votos por la feliz duracion de vuestro reynado ; y aun despues de muerto , existiriais en sus

corazones mas dignamente que en los mausoleos que erige la vanidad. Vuestra elevacion al trono, seria de esta suerte, como la de aquellas benéficas nubes que se elevan desde la tierra para resolverse en dulce rocío que la fertiliza: elevacion bien diferente de la de los iniquos Reyes, que como malignos nubarrones solo despiden torrentes de piedra y granizo para la desolacion de los campos. Tal es vuestro hermano Christerno, que de sus maldades ha hecho escala para subir al trono; pero él caerá ignominiosamente, siendo mofa y escarnio de los pueblos.

¡Ay amado Gesner (le repliqué)! Tiene Christerno muy asegurado su trono para que pueda derribarlo ningun contratiempo.

El ha formado todos sus Ministros á medida de su corazon; y al rededor de su persona tiene tropas de vasallos fieles que le sostendrán eternamente. ¿Cómo podré yo pues en ningun tiempo empuñar un cetro tan asegurado? No, no puedo prometerme esta dicha.

Os engañais (me respondió con cierto ayre de magestad que me hizo escucharle con otro respeto): no conoceis aun el carácter de los aduladores. Esos mismos que andan ahora al rededor de Christerno con los ojos atentos, observando hasta el menor movimiento para anticiparse á sus deseos, y con la exclamacion entre los labios para celebrar qualquiera hecho suyo; esos mismos, al ver balancear la corona sobre su cabe-

za , serán los primeros que convertirán las espadas contra su real persona. De ninguno recibirá mayores injurias , que de esos mismos que ahora tan fácilmente saben acomodarse á sus inclinaciones. Ellos van siguiendo los pasos de su brillante carrera ; pero luego que llegue al término , luego que vean cercana su ruina , desviarán de él los ojos para fixarlos en vos, y tomar como suya vuestra propia causa : semejantes á aquella lisonjera planta que gira conforme los movimientos del sol que la ilumina , pero que apénas lo vé llegar al ocase , revuelve sus hojas hácia el oriente , para moverlas con arreglo al nuevo sol que amanece.

Con tan alegres promesas procuraba Gesner lisonjear mis espe-

ranzas , y queriendo yo replicarle , me lo estorbó , diciendo : pero ; cómo puede estar asegurado su trono , como vos decis , si su pena está fundada sobre la maldad , la infamia y el escándalo ? El trono que ocupa Christerno , es como aquellas casas edificadas sobre la movediza arena , que el mas ligero viento las derriba. ¿ Puede estar ? :: pero no , desengañémonos : Christerno caerá con ignominia como cayéron otros , ó violentamente intrusos , ó que no sostuvieron con equidad el Principado que les dió aquel Ser eterno é inmutable , que preside en los tribunales de los Jueces , y que pesa en su justísima balanza las sentencias que pronuncian. Sí , caerá Christerno y entrará Valdemaro entre aplau-

sos y aclamaciones á empuñar un cetro tan escandalosamente usurpado. ¡ Qué catástrofe tan feliz entonces , amado Valdemaro ! ( me decia , lleno de una confianza que se le manifestaba en su rostro venerable ). Dinamarca convertirá en dulce libertad la injusta opresion que sufre : la paz arrojará de su recinto á la discordia que la domina : las ciencias esparcirán con profusion sus hechiceras delicias : las artes volverán alegres á los talleres que tristemente han abandonado : los campos áridos y estériles se cubrirán de una deliciosa primavera ; y el Príncipe de la paz derramará por todas partes la abundancia y la felicidad.

De esta suerte me iba consolando Gesner en los días que es-

tuve en su quinta ; al cabo de los quales , me dixo : quisiera que Valdemaro , el hijo del Grande Heroldo , no se apartara jamas de la vista del viejo Gesner : pero es preciso que yo sacrifique mi gusto á la felicidad de un pueblo que gime sin consuelo al maligno influxo de un Rey tirano. Partios, amado Valdemaro , partios al abrigo de esos quatro vasallos y amigos míos , que os acompañarán con seguridad hasta dexaros en Suecia : pero principalmente poned toda vuestra confianza en la providencia del Eterno , que aparece infinitamente grande en todas sus criaturas. A Dios , amado Valdemaro : permita el cielo que llegue pronto á este secreto rincón el eco del popular aplau-

so , quando ciña vuestras nobles sienes la corona de Dinamarca: á Dios. Apretóme afectuosamente entre sus brazos , bañóme el rostro con sus lágrimas , se retiró á su estancia , y yo tomé el camino para Rostock.

Ved ahí como el Señor nunca se ha olvidado de vos (dixo el anciano incógnito , que hasta entonces habia estado en silencio). Aquel Señor que muestra su providencia hasta en los mas viles insectos de la tierra , nunca os ha perdido de vista , ántes os ha conducido siempre al abrigo de sus alas , y os ha cubierto con su escudo. Pensabais haber perdido la vida entre aquellos impracticables montes , y el Señor os llevó indemne hasta la presencia del

piadoso y sabio Gesner , para esforzar vuestro descaecimiento , y alentar vuestras esperanzas. Nunca dexa Dios de proteger al que ama la justicia , y aborrece la iniquidad , así como nunca se olvida de confundir y exterminar á los protervos que tienen la osadía de oponerse á sus leyes : por tanto , confio siempre , que Christerno será arrancado con violencia del trono que iniquamente posee , y que Valdemaro entrará á ocuparlo con aplauso universal : y tanto confio en esto , como extraño que , despues de ver tan declarada en vuestro favor la providencia de Dios , vinieseis á parar en los términos de desesperacion en que os ví. ¿ Qué motivos os obligáron á executar tan enorme atentado ?

Voy á expresarlos , respondió Valdemaro.

Me parecieron tan fáciles de cumplir las promesas de Gesner, que creí fuera lo mismo embarcarme que llegar á Suecia , prevenir la armada , destronar á Christerno , y empuñar el cetro : pero ; quán errado fué mi juicio ! Lo mismo fué embarcarme , que arrojarme á mayores conflictos. Venian en el mismo navío algunos pasajeros de carácter no vulgar, y notando mi silencio, mi modestia , mi cortesanía , y demas calidades , llegaron á tener la curiosidad de tratarme , pensando quizas que yo encubria algo mas de lo que mostraba. Una vez entre otras , estando en la estancia del Capitan hablando de diferentes

asuntos , se suscitó la conversacion sobre las revoluciones de Dinamarca ; y despues de haber hablado yo con bastante indiferencia , dixo el Capitan : todo me parece muy bien ; pero no sé lo que sucederá quando el Rey mi Señor llegue á prender á Valdemaro. Inexôrable contra él , hará que experimente los tormentos mas exquisitos , y entónces se desengañará el atrevido vulgo que le atribuye el infame crimen del parricidio : vulgo feroz , que sin decoro á su Rey , no hace sino irritar mas y mas su justa cólera. Eso sí ( dixo con ayre libre un caballero sueco llamado Klingenberg ) : muera Valdemaro , muera sus adictos , no quede vida libre del furor de Christerno ; que aun tal vez

no bastará la sangre de todos sus vasallos para extinguirlo; pero mejor fuera que lavara con la suya propia la torpe mancha del parricidio que cometió.

Confieso, amable anciano, que quedé sorprendido al ver la libertad con que hablaba el Sueco. Todos los de la asamblea quedaron no ménos absortos; pero el Capitan mas sobresaltado, viendo la suspension de todos, dixo con tímida arrogancia: pues y ¿quién dará fe á esa voz vaga que atribuye á mi Rey la muerte de su padre? La confesion que hizo Suenon poco ántes de morir (respondió Klingemberg) ¿será bastante motivo para dar crédito á esa voz que tan vaga os parece? Además: ¿qué efecto tuvieron

las postas que despachó Christerno para buscar á Valdemaro? Se cansaron muy pronto; y esto mismo hace tener por sospechosas unas diligencias tan prontamente concluidas ántes de lograr el fin. ¿Acaso sabria de cierto su paradero? ó ¿sabria ser vana qualquiera solicitud por excesiva que fuese? Hable Ragnan que ocupa la misma cárcel que dexó Valdemaro: hable su hermana Ulrica-Leonor, que extranquera en su mismo palacio, solo encuentra insultos y desprecios ::: A mí no me toca discurrir sobre las providencias de mi Soberano (interrumpió el Capitan confuso): si tiene encarcelado á Ragnan, y si maltrata, como decis, á su hermana, tendrá justos motivos.

Mi obligacion solo es obedecer; y pues llevo orden para prender á Valdemaro en donde quiera que le halle, esto es lo que me importa.

Contemplad, amado anciano, ¡quánto valor era necesario para no desfallecer al oír tan inesperadas razones! ¡Qué violencia no me hacia para reprimir los ímpetus de mi corazon, y procurar que no saliesen al rostro á dar algun indicio de mi calidad! Quería salirme de la estancia, y no encontrando pretexto, me parecia incivilidad y falta de respeto: por lo que fué preciso estar oyendo con paciencia una conversacion tan arriesgada, y mas viendo que el Capitan estaba tan de parte de Christerno: sin embargo, si en

aquel lance hubiera podido yo dexar de ser Valdemaro, me habria alegrado de ver cómo Klingenberg acosaba con sus razones al Capitan, y cómo este iba copiando en el rostro todos los movimientos de su corazon. Mostrábasele enardecido quando hablaba, y se le ponía pálido quando se veía convencer de las razones de su contrario: muchas veces iba á responder, pero no hallando razones eficaces, se interrumpia á sí mismo en la mitad de la respuesta.

Y ¿de dónde vienen ahora esas nuevas diligencias (le preguntó últimamente Klingenberg)? Rezelo que se habrán hecho nuevas averiguaciones sobre la muerte cuyo autor se disputa (respon-

dió el Capitan). No hay duda (dixe yo con bastante serenidad): el encarcelamiento de Ragnan, el iniquo trato que se le da á Ulrica-Leonor, y las excesivas diligencias que se practican ahora para prender á Valdemaro despues de tanto silencio, dan motivo harto robusto para que se rezele alguna importante novedad. Y ¿qué novedad puede rezelarse (preguntó Klingenberg)? Si Christerno, una vez empeñado en la maldad, hubiera dado muerte secreta á Valdemaro en el tiempo que lo tuvo preso, no se veria ahora con estos sobresaltos. Ved ahí toda la novedad. Valdemaro escapó de la cárcel, y como Christerno no sabe ahora los designios que podrá tener

viéndose libre, se siente cruelmente conmovido. Todo le da pena, todo le asusta: los domésticos le atormentan, y hasta su misma hermana le asombra. Piensa que ha sido cómplice en la fuga de Valdemaro, y la trata como al objeto de su mayor indignacion. Estos crueles remordimientos, y el pensar que su hermano le ha de quitar la corona que ciñe, son los motivos que le obligan á buscarle nuevamente: pero para confundirlo y exterminarlo, porque en tanto que los Dinamarqueses ignoren su paradero, podrá Christerno mantener el cetro que empuña ::: Aquí se suspendió un rato, y yo aprovechando el lance, varié la conversacion con bastante disimulo,

para que no nos interesásemos tanto en ella, que fuese yo descubier-  
to; pero en vano procuré evadir  
el peligro.

Venia en la misma nave, con  
no sé qué motivo, una hija del  
Capitan, de singular hermosura  
y gentil donayre, pero fácil de  
enamorarse, y mas fácil de execu-  
tar qualquier designio para el lo-  
gro de sus deseos. Presto hicie-  
ron impresion en su alma mi per-  
sona y talle (sean como fuesen),  
y no ménos presto la hirió el  
amor con sus ardientes flechas.  
Ibasele haciendo por puntos mas  
penetrante la herida, y cono-  
ciendo que no era curable si no  
me la descubria, se determinó  
á ello. No os diré los rodeos y  
trazas de que se valió para des-

cubrímela, pero sí que resuelta-  
mente me ofreció su mano y su  
corazon. Quedé admirado de tan  
impensado asalto, y afeándole su  
inconsiderada resolucion, le di-  
xe, que sola una pasion violenta  
podia obligarla á elegir esposo  
tan precipitadamente: que mode-  
rase su pasion, porque quedaria  
desayrada, y daria parte á su pa-  
dre para que castigase su desen-  
voltura. Sonroseóse Violante (es-  
te era su nombre), y enmude-  
ció por entónces.

Pero como el amor que fu-  
riosamente ardia en su pecho, no  
habia perdido nada de su voraci-  
dad, volvió al siguiente dia á re-  
petirme con mas eficacia su pre-  
tension. Lloró, rogó, instó, por-  
fió; pero viendo que eran inúti-

les sus esfuerzos , marchó arrebatada de una furia solamente propia de una muger despreciada , y le dixo á su padre , que el incógnito extrangero que se embarcó en Rostock , habia intentado corromperla por fuerza. ¿ Habeis oido , venerable anciano , mayor impostura ? ¿ En qué pecho podia forjarse sino en el de una muger lasciva ?

No bien hubo el Capitan oido la torpe querella de su hija , quando se dexa arrebatar de la cólera , y manda que me arrojen al mar. He aquí , amable anciano , que toda la chusma arremete contra mí , sin que pudiesen detenerla , ni las razones de algunos caballeros , ni las voces de mi inocencia ; y al tiempo que me

tenian en alto para precipitarme ( ¡ oxalá que lo hubieran hecho ! ) , Berhman , uno de los compañeros que me dió Gesner ( ignorante de la conversacion que habia pasado ) , dixo con intrepidez : mirad lo que haceis , ¡ oh Capitan ! que ese caballero es Valdemaro , el hijo del muerto Heroldo Rey de Dinamarca , y legítimo heredero de la corona que ciñe Christerno. Apénas dixo , se llena de admiracion toda la nave , quedan inmóviles los marineros que me tenian asido , y por órden del Capitan me sueltan de entre sus brazos : pero ¡ ay de mí ! era yo la presa que mas ansiaba , y manda cargarme de esposas , grillos y cadenas. Yo os agradezco , Berhman , la rec-

titud de vuestra intencion , pero me quejo de mi fortuna. ¡Fortuna cruel! Los mismos favores se cambian en agravios , quando de mí se trata.

Quedóse aquí Valdemaro suspenso , y temiendo el anciano que su imaginacion se fixara sobrado en la consideracion de este suceso , le dixo inmediatamente: pues y ¿ cómo os librasteis de las cadenas en que os puso el Capitan? Una borrasca me dió libertad (respondió); á lo ménos dió lugar á que el generoso Klingenberg me pusiera en salvo. Estaba yo encadenado en un obscuro apartamiento ; y aunque no veia , ni sabia nada de lo que pasaba en el navío , me parecia verlo y saberlo todo. Consideraba

quán alegre estaria el Capitan, viendo tan felizmente cumplido el fin de su comision : imaginaba que daria asunto á sus conversaciones la negra infamia con que acababa de cubrirme Violante , y que todos estarian interesados en mi castigo : parecíame, que aun aquellos que se me mostraban apasionados , se rebelarian contra mí , y me creerian capaz de qualquier delito. Estas consideraciones me atormentaban sobremanera , y me llenaban el corazon de hiel y veneno.

Y ¿ cómo la muerte no arrebatava la vida á esa infame muger , ántes que forjase contra mí tan bárbara impostura (decia yo)? ; Así permiten los cielos que se manche la inocencia ! ; No bas-

taba para mi tormento la sangrienta calumnia de Christerno, que aun permiten que una torpe muger me infame! ¿Con que ya estoy abandonado de todos? Sí, desgraciado Valdemaro, los propios y los extraños no buscan sino tu destruccion. ¡Ah Gesner amable! vuestro amor hácia mí os hizo concebir tan felices promesas, ¡pero mirad quán bien se van cumpliendo! Vedme aquí sin honra y sin libertad, hecho la irrisión de una vil muger, el objeto de la indignacion de todos, y la víctima de un hermano que me persigue. Heroldo, amado padre mio, ¿es esta la corona que me tenias prevenida? ¿son estos? :: ¡Ah, y cuándo se acabará una vida que aborrezco!

Así me quejaba yo, quando de repente oigo una confusa gritaría entre los marineros. Observo á breve rato que la nave se movia desordenadamente: los tristes alaridos de la gente consternada, el estruendo de las irritadas ondas, los horribles silvidos de los vientos, el estrépito de los rayos me tenian atolondrado: todos á mi parecer se afanaban por evitar la muerte, y yo solo la deseaba; de manera que mucho ménos que su tardanza, me atormentaban los grillos y las cadenas. Pero ¿quién era capaz de pensarlo? en tan desesperada constitucion, se me presenta Klingemberg con algunos apasionados suyos; y ofreciéndome su amparo, rompen

como pueden los hierros que me oprimian, me disfrazan con unos vestidos de marinero, y me mezclo con la tripulacion que andaba extraordinariamente alborotada con la tormenta.

Aunque agradecí el beneficio, no me satisfacía una vida tan llena de sobresaltos; y mas considerando, que serenada la tormenta, habia de ser precisamente conocido á pesar del disfraz. Este rezelo me hizo tomar un partido harto arriesgado. Habia rompido ya uno de los mástiles un furioso golpe de viento, y para que no sirviera de embarazo, teniendo inclinada la nave hácia el lado que habia caído, lo acaban de cortar, y lo arrojan al agua. Parecióme esta bue-

na coyuntura: veíase la tierra poco distante, y mi desreglada fantasía me aparentó posible llegar á ella. Arrojéme sobre el mástil, y trabándolo fuertemente con los brazos y las piernas, me dexé llevar al arbitrio de las aguas.

¡ Quán espantosa me parecia entónces la imágen de la muerte! La muerte que deseaba quando me veia cargado de hierros baxo el mando de un Capitan insolente, que no me guardaba sino para hacer un agradable sacrificio á mi hermano, se me aparecia entónces con semblante horrible, y solo procuraba evitarla: pero ¡ con qué trabajo! Las olas, las soberbias olas me pasaban continuamente por encima, su furia hacia revolver mu-

chas veces al grueso leño , mis brazos iban desfalleciendo con la continua fuerza que hacian , y por instantes me iban faltando los brios para resistir á los terribles golpes de las enfurecidas aguas.

Mas el cielo , no sé si inclemente ó compasivo , me dió lugar para que llegase á tomar puerto en la falda de unas altísimas montañas que creo nõ estarán muy distantes de aquí. Dexéme luego caer sobre una roca oprimido de fatiga , sin poder casi respirar ; y entónces me pareció que se desplomaba sobre mí todo el peso de mis infortunios. Ya no sentia vigor alguno en mi espíritu , mis miembros lánguidos y entorpecidos no podían

moverse , un humor frio corria por mis venas , y mi alma parece que iba abandonando ya el fatigado cuerpo. Todo desapareció al instante de mi vista : tenia abiertos los ojos y nada veia ; mis oidos libres no percibian rumor alguno : yo mismo conocia que vivia , pero no podia executar ninguna accion vital. En esta situacion , que no sabré explicar debidamente , se me presenta un espectro horrible , tómame por la mano , y sin proferir palabra me conduce á una lobrega gruta. Al entrar en ella siento caer sobre mí un monte de terror : los cabellos se me erizan , floxéanme las rodillas , un frio temblor se apodera de todos mis miembros , yélaseme el corazon , y la

sangre no acierta á circular por las venas. Penetramos el obscuro atrio, y llegamos á un aposento no ménos pavoroso que las sombras que habiamos dexado: una débil luz que entraba por la hendidura de una pared, daba lugar para que se viera lo que en él habia.

Veíanse vasos grandes labrados de una materia transparente, pero muy obscura; dentro de ellos habia pendientes varios anillos de hierro, y arrojadas por el suelo confusamente varias hojas de árboles, de las quales me parecian unas de higuera, otras de laurel, y algunas de sálvia. En varios papeles tendidos se veian clavados en orden muchos alfileres sin punta, y de trecho

en trecho colgaba alguna larga guedeja de cabellos medio chamuscados. Las paredes estaban manchadas de sangre, y pendientes del negro techo se veian muchas aves agoreras, á quienes aun palpitaban las entrañas descubiertas.

No podia yo mirar sin horror aquella espantosa habitacion; todos los objetos que veia me llenaban de terror, pero aun mas que todo me hacia estremecer el silencio y figura de la fatal guia. Dexa ese vano temor que te perturba (me dixo á breve rato): yo solo pretendo abrirte la mas noble y espaciosa puerta que puedas desear para salir de esta vida miserable, y librarte de los infinitos é insufribles trabajos que

te esperan. Con que cierres los ojos, y te precipites valeroso desde la alta cumbre de ese monte que se eleva sobre todos, te verás libre de tantos infortunios como te oprimen, y de los que tu inexorable fortuna te tiene preparados. Yo manejo perfectamente el arte de descubrir los futuros sucesos, y desde aquí estoy viendo lo que te falta que sufrir, si no abrazas el partido que te aconsejo. Mi nombre es Piromanto, el sabio por excelencia. Intensamente entregado al estudio de la naturaleza, al conocimiento de los mixtos, y á la combinación de los elementos, no ménos que al movimiento de los astros, he llegado á poseer la ciencia de prediccion que tanto acre-

ditó á los Egipcios, Persas y Babilónicos. Con ella tengo en mi mano el gobierno despótico de la naturaleza. Al eco de mi voz imperiosa juntan cielo y tierra sus virtudes ocultas para satisfacer mi voluntad. Yo trastornaré de repente la simétrica armonía de las quatro estaciones del año; el sol parará su curso y enlutará sus resplandores, la luna ensangrentará su faz, los astros torcerán su camino, los montes se desquiciarán estrepitosamente; marchitaré las plantas, secaré los árboles, la tierra se abrirá con violencia, y las aguas que avaramente encierra, saldrán con ímpetu furioso á inundarla.

Esto dicho, formó sobre una losa de mármol negro ciertos ca-

racteres confusos que yo no pude entender. Luego arrojó sobre ella un puñado de no sé qué menudos granos, é inmediatamente se encendió una luz obscura que me dobló el espanto. Armate de valor (me dixo), no temas. Pero ¿quién no habia de temer? Al momento comenzó á estremecerse la tierra con movimientos tan extraordinarios, que faltándome el esfuerzo, caí en el suelo desmayado; mas ¡ay adorable anciano, que es muy funesto quanto se me representó en aquella infeliz situación!

Despues de haber navegado por inmensos mares, despues de haber sufrido trabajos inmensos, me hallé en medio de una plaza coronada de Soldados para de-

tener el ímpetu de la gente. Habia en ella un elevado trono de oro embutido de diamantes, pero sin que lo ocupase por entónces persona alguna. Quando lo estaba yo observando todo con atenta curiosidad, oigo un súbito ruido de trompetas, clarines y atambores, mezclado con unas voces que decian: *aparta, aparta, paso, paso*. Retírase la gente toda hácia un lado, y al instante veo entrar una lucida comitiva de Grandes, que iba delante de un ilustre Personage vestido de púrpura, ceñida su cabeza con una corona, y ocupada la mano con el cetro. Con arrogante desembarazo se sienta en el trono, y á su rededor toman tambien asiento los Grandes que

le acompañaban. Mírolos á todos, y á todos los conozco. ¡Ay de mí! Christerno era el que ocupaba el solio: la rabia y el furor estaban copiados en su rostro casi consumido, sus ojos parece que despedían rayos de fuego, sus labios con movimientos convulsivos expresaban la cólera que le devoraba las entrañas.

Inmediatamente veo entrar un terrible cuerpo de guardia que conducía á un hombre y á una muger agoviados baxo el peso de las cadenas con que iban amarrados. La compasion me hizo mirarlos atentamente, y ví (¡terrible caso!) que éramos mi hermana Ulrica-Leonor y yo. ¡Qué valor no era menester para presenciar escena tan lastimosa! In-

tenté salir de la plaza, pero mis pies entorpecidos no podían moverse, una fuerza invisible me tenia clavado en el suelo: ni para apartar siquiera la vista me quedaba vigor, ni tenia aliento para invocar á los cielos. Arrojan los dos reos á los pies del Rey, y el executor de la justicia les corta los cabellos, y los esparce por el ayre. Desnúdanlos consecutivamente, encienden una funesta pira, y los disponen para que á fuego lento exhalen las nobles vidas.

¡Ay de mí! yo veía, como á la manera de dos tímidos ciervos detenidos por los alanos, levantaban sus inocentes gritos hasta el cielo; veía como el voraz fuego iba tostando sus delicadas

carnes , y cubriéndolas de una negra y horrible costra ; veíalos conmovier extraordinariamente á la fuerza del dolor , y torcer sus cuerpos en violentas posturas ; veía como sus quemados labios se abrian floxamente sin poder articular palabra ::: ¡ Ay de mí ! ¡ qué congoja ! Amable anciano , y ¿ es posible ? ::: ¡ justos cielos ! yo les ví dar el último bostezo ::: yo mismo ::: ¡ infelice de mí ! ¡ Con qué agonía despidiéron sus generosas almas !

Aquí se dexó caer Valdemaro medio desmayado sobre los brazos del anciano , regándolos con sus lágrimas ; y el anciano le iba consolando amorosamente , haciéndole ver que todo habia sido ilusion de su fantasía , exál-

tada entónces mas furiosamente por la profunda meditacion de sus desgracias ; y luego que lo vió ya mas serenado , le animó á que diese fin á su historia , como lo hizo en esta forma.

Concluida la infeliz tragedia , desapareció la vision , y yo volví en mi acuerdo todo cubierto de mortales congojas , penetrada mi alma de dolor , y abrumado el cuerpo como si hubiera sufrido los mas atroces tormentos. Volví hácia todas partes los ojos despavoridos , y al contemplarme solo en el mismo sitio donde me habia reclinado , sin descubrir la fatal cueva de donde me parecia que acababa de salir , sin ver persona alguna por toda aquella pavorosa soledad , y sin

que me respondiera nadie , por mas que me esforzaba á dar voces , me lleno de terror ; y espantado de mí mismo , corro desatinado por esos montes , me extravió por los valles mas sombríos , insulto á los cielos , provoco á los elementos , llamo á la muerte , y llevado de una desconocida fuerza , subo á la cumbre del empinado monte , desde donde me hubiera precipitado , si vos , ó amable anciano , no me lo estorbarais con vuestra voces.



## LIBRO III.

**L**UEGO que Valdemaro acabó de referir su historia , hizo el anciano algunas sábias reflexiones para consolarle , y desarraygar de su alma aquella violenta pasión que le dominaba: cuidando al mismo paso de disponerle para que concbiese una bien ordenada confianza en la suprema Providencia. ¿ Quién me

hizo desviar tanto ayer tarde de este recinto (le dixo), quando rara vez acostumbro salir de él? Llevado de un secreto impulso, me fuí alejando insensiblemente, hasta que llegué adonde unos tristes lamentos fixáron mi atención. Recorrí entónces con la vista todo aquel distrito, y os ví cruzar el valle atropelladamente, insultando á la Providencia con vuestras desesperadas expresiones. ¡Qué violenta conmocion sentí entónces en mi alma! Apresuré mis tardos pasos, y viéndoos correr precipitado hácia la cumbre del monte, pensé que ibais á despeñaros. Entónces fué quando lastimado de vuestra infeliz suerte, me esforcé á llamaros de léjos para impedir vuestra des-

perada resolucion. ¿Qué motivo teneis pues para quejaros de la infinita Providencia, si quando con una mano os ponía en los peligros (por decirlo así) con la otra os sacaba de ellos sin lesion? Fué casualidad librarne yo de los peligros á que me conduxo la fortuna (respondió Valdemaro): la fortuna no buscaba sino mi destruccion. ¡Cómo es eso (replicó el anciano)! ¿La *fortuna* os conduxo á los peligros, y la *casualidad* os libró de ellos? ¿Con que hasta ahora no ha tenido que ver con vos la Providencia suprema? Si los lances de vuestra vida han sido ordenados por la *casualidad* y la *fortuna*, Dios habrá estado ocioso en la eminencia de su trono

mirando las obras de esos dos agentes. Pues haced á Dios, si os parece (dixo Valdemaro) autor de todos los acontecimientos que observamos cada dia, y nos veremos precisados á decir, que es un Dios injusto, porque regularmente vemos oprimidos á los buenos, y ensalzados á los malos. Quando vemos á los hombres dissipados y perversos habitar en soberbios palacios, pasearse en magníficos trenes, circuidos de una brillante confusion de criados que los inciensan, colocados sobre las riquezas y los honores, al mismo paso que observamos á los justos caminando sobre la tierra, acompañados de la soledad, seguidos de la desolacion y del desprecio, ¿dirémos que Dios es

el autor de estos desórdenes? Y quando veo á mi hermano Christerno sobre el trono de Dinamarca, despues de haber muerto á su padre, y atribuídome á mí la infamia del parricidio, al mismo tiempo que yo voy errante, sin mas compañía que la de mis desgracias, y sin otra esperanza que la de morir desastradamente, ¿tendré osadía para decir, que Dios así lo dispone? La *fortuna*, ese instable monstruo es el autor de semejantes absurdos.

Enormemente os engañais (dixo el anciano): no es de Andrónico tan errónea doctrina. La *fortuna* y la *casualidad*, dos entes tan imaginario el uno como el otro, no son mas que monstruosos partos de la ignorancia.

Los hombres obstinadamente ciegos no podian descubrir la causa de las maravillosas operaciones que admiraban , y se viéron forzados á atribuir las , unos á la *fortuna* y otros á la *casualidad*. ¡ Qué mas ! El mundo , ese grandioso cúmulo de prodigios , en el qual no hay cosa desde el mas luminoso planeta del cielo hasta el mas vil insecto de la tierra , que no contenga innumerables maravillas , lo hicieron hijo de la *casualidad*. ¡ Insensatos ! Una infinita multitud de átomos conglobados por la *casualidad* ¿ formó ese portentoso teatro de maravillas ? Pero ¡ eh ! no nos entretengamos en discurrir sobre error tan grosero.

No hay *fortuna* , hijo mio,

no hay *casualidad* : todo lo dispone el Altísimo con su sábia providencia , todo lo mueve , todo lo alimenta , todo lo gobierna. Esa inmensidad de objetos derramados sobre la tierra , esa multitud de aves que pueblan el ayre , ese brillante cúmulo de luces que vemos sobre nuestra cabeza , todos son reflexos de la infinita luz del supremo Hacedor , y todo está sujeto á su mano poderosa. A la mas ligera insinuacion de su voluntad , el sol se cubre de luto , la noche se viste de resplandores , los vientos forman horrorosas tempestades , las ondas del mar se enfurecen , los cielos se conmueven , los abismos tiemblan , ábrense los sepulcros , y la mano de la muerte

derriba y sumerge en ellos sin discernimiento á los pobres y á los ricos , á los nobles y á los villanos , á los jóvenes y á los viejos , á los Reyes y á los pastores. Habla , y su voz se extiende por todos los extremos de la tierra : manda , y sus preceptos justamente arreglados al nivel de la equidad , son executados : su providencia brilla por todas partes.

Ni presumais que se descuida , quando veis á los ímprobos seguir impunemente su carrera entre faustos y riquezas , entre honores y placeres : ántes bien aquí es donde mas debeis admirarla. Apénas hay hombre por díscolo que sea , que no practique alguna virtud moral , y como Dios,

rectísimo Juez que todo lo pesa en su justísima balanza , no dexa ninguna obra buena sin su debida recompensa , he aquí por qué veis colmados de bienes á unos hombres que parece no debian encontrar asilo sobre la tierra. Pero ¿ qué bienes son estos ? bienes falaces y caducos , bienes solamente capaces de premiar una virtud pasagera , bienes que jamas llegan á satisfacer el corazon del hombre , y que por lo mismo pueden servirle de despertador para que advierta el camino de la perdicion que sigue , y emprenda el de la justicia que habia abandonado : y ved aquí uno de los medios de que se vale la Divina Providencia para procurarnos la verdadera felicidad;

al contrario del que suele usar con otros hombres igualmente perversos, á quienes sigue la persecucion por donde quiera que giren. A todos quiere la bondad de Dios hacernos felices, y para ello suele colmar á unos de bienes temporales, les permite el logro de todos sus deseos, les dexa correr por el espacioso camino de los placeres; á otros les hace gemir baxo el peso del infortunio, les abrumba con trabajos, les aterra con tal qual golpe de su indignacion; á la manera que el diestro cazador (si me es lícito usar de esta comparacion) se vale de la dulzura del cebo algunas veces para prender blandamente la caza en el disimulado lazo, y otras echa mano

del hierro y de la violencia para cogerla con estrépito.

Pero ¿qué dirémos de los justos, de esa porcion escogida del Señor? Si los veis gemir ordinariamente entre tormentos, pobreza, persecuciones y destierros, tambien debéis admirarlo como efecto de la suma Providencia, para que con una christiana constancia hagan mayores méritos, y se grangeen para despues mayor gloria: y para que vea el mundo, que no es feliz el que goza de una salud robusta, sino el que dentro de una carne flaca y enferma mantiene una heroyca fortaleza; ni los ricos soberbios que habitan en suntuosos palacios, donde los placeres, los honores, los faustos y las rique-

zas andan á porfia , sino el pobre humilde que habita dentro de sí mismo , y tiene hermosa su alma con las verdaderas virtudes ; ni aquel á quien una no interrumpida prosperidad va llenando los espacios de sus deseos , sino el que por la escabrosa senda de las adversidades camina plácidamente á la patria de los sabios.

¿ Veis , hijo mio , como la mano de Dios todo lo dispone con suavidad , y como igualmente cuida de todas las cosas ? ¿ Quién puede apartarse de su providencia ? Toma alas , y elévate sobre las estrellas , transportate hasta los extremos de los mares , busca los desiertos mas remotos , penetra hasta el mas profundo seno del

abismo , todo lo encontrarás lleno del espíritu de Dios. Dios es quien lo gobierna todo , y todo lo dispone ; no la *fortuna* , no la *casualidad*.

Así hablaba el anciano , quando advirtió en la vecina playa una barquilla encallada en la arena , y un hombre que iba vagando con los brazos cruzados , y caída la cabeza sobre el pecho : señales todas de una profunda melancolía.

¿ Qué destino ( dixo ) habrá conducido á esta playa aquella débil barca , y aquel hombre que da muestras de estar poseido de la tristeza ? Vamos , amado Valdemaro , y sepamos la causa que le ha puesto en tan triste situación : ofrezcámosle nuestras po-

bres fuerzas para remediarle , y todas nuestras lágrimas para consolarle. Valdemaro que deseaba saber con ansia quién fuese el anciano , sintió excesivamente este desprevenido lance que le retardaba el logro de sus deseos ; pero se hizo fuerza para disimularlos , porque contemplaba que debía aprender el arte de reprimirlos á su tiempo , y de sacrificar su gusto propio al consuelo ajeno. Sin embargo conoció el anciano su interior inquietud , y para corregirle con disimulo , le dijo al mismo paso que caminaban hácia la playa.

Quando yo habitaba en las ciudades , no encontraba placer que mas regalase á mi alma , que aquella dulce impresion que ha-

cian en ella las miserias de los infelices. Me sentia arrebatado de un gusto extraordinario , quando abria mi pecho y abrigaba en él á los desdichados que no tenían quien les socorriera ; y para hacerlo sabia privarme del placer que mas pudiera lisonjearme. La mas ligera desgracia de mi conciudadano excitaba mi compasion , y pasaban muchos dias sin poder entregarme á la mas sencilla diversion , quando tal vez habia de poner la mano sobre el papel para firmar alguna sentencia de :: : ¿ qué he dicho ? ¡ ay de mí ! Quando veais sobre vuestra cabeza la corona de Dinamarca , no endurezcáis , hijo mio , vuestro corazon á los clamores del pobre , compadeceos de las des-

gracias de vuestros vasallos: vuestros oídos estén siempre abiertos para escuchar las quejas de los miserables que tal vez gimen inocentes: descargad, sí, el brazo del furor para cortar aquellas manos crueles que se complacen de oprimir á los desvalidos: crueles manos que muestran su poder en ajar una débil caña, que apenas puede resistir á los mas leves impulsos de un vientecillo.

Todas estas razones iban aumentando la admiracion de Valdemaro, y le hacian mirar en el anciano algun ilustre personage. Aquel ayre de nobleza que respiraba en todas sus acciones, aquella dulzura y afabilidad que se advertia de continuo en su modesta frente, y aquella oculta

fuerza con que sus palabras le iban cautivando el entendimiento y el corazón, le hacian ver encerrada en su anciano cuerpo una grande alma.

Llegáron á la playa quando todavía se estaba paseando el sujeto que habian visto. Saludáronse mutuamente con corteses expresiones, y luego preguntó el anciano: ¿qué causa, ó amable extranjero, os ha obligado á venir á este secreto parage con ese débil barquillo? Sola mi desgracia (respondió prontamente): pero si teneis con que reparar mis descaecidas fuerzas, hacedlo por lo que sois, que yo no estoy ahora para contar historias. Agradóle al anciano el gracioso desenfado del extranjero, y obligán-

dole de nuevo con su afabilidad, le dixo: los deseos que tenemos de socorremos, nos han hecho venir á preguntaros de vuestro destino. Vamos á mi gruta, que allí os daremos liberal y amorosamente quanto alcancen nuestros cortos medios; y despues, quando esteis de mejor sazon, nos informareis si os parece de vuestras aventuras.

Con esto se encaminaron á la gruta, y luego que el extranero hubo restablecido sus desfallecidas fuerzas con los manjares que le ofreció el anciano, dixo: para no teneros mas en suspension, si es que lo habeis de estar hasta que os cuente mi historia, oid-la, que seré breve. Mi patria es Venecia, mi nombre Rosendo,

mis padres marineros, mi oficio ninguno, porque aunque al principio me exercité en la marinería, me cansé luego, y me dediqué al estudio; pero viéndome sin esperanzas de acomodarme por esta carrera, abandoné las escuelas. Estuve despues algunos años en casa de un mercader trapacista, pero habiendo hecho bancarota, me hallé otra vez sin arri-mo. Quedábame todavía mucha parte de los salarios que habia ganado, y no encontrándome bien con una vida ociosa, determiné ir por el mundo, como dicen, á probar fortuna. Compré un caballo, me equipé lo mejor que pude, y partí al momento sin saber adonde.

Despues de haber viajado mu-

cho tiempo sufriendo inmensos trabajos, entré en Alemania. Al primer día me ví perdido entre unos bosques, sin poder encontrar senda alguna que me conduxese á camino seguro; y al doblar la punta de un escarpado monte, me hallé á la vista de una vasta y solitaria llanura, cercada de enormes é impracticables montañas que me doblaron el horror: solo descubrí á lo lejos una casa medio derruida. Encaminéme á ella, y al paso que me iba acercando, oía unas débiles voces que no podía percibir con claridad. Apreté las espuelas, llegué cerca de la casa, y parándome atento, oí que decían: ¡quán infructuosamente te fatigas, monstruo infame! ántes

abrirás mi pecho con ese agudo cuchillo que empuñas; primero derramará tu furor toda la sangre de mis venas, que yo me rinda á tus torpes deseos. ¿No te da vergüenza el acometer á una muger flaca, sola y sin fuerzas? ¿No te llena de rubor el emplear tus bríos contra el esfuerzo débil de una muger? ¡Cielos! ¿permitiréis que mi virginidad sea ultrajada por este bárbaro?

Calló en diciendo esto, y yo impelido de un extraordinario corage, llamé á la puerta; pero viendo que nadie me respondía, intenté escalar la casa. Un tronco que acaso hallé tendido en el suelo, facilitó mi intento. Arri mélo á la pared, y á fuerza de

brazos me entré por una pequeña ventana en un aposento obscuro, derruido y sepultado en un espantoso silencio; solo percibí que por una pequeña puerta que se advertia á la mano derecha, salian unos cansados y dilatados alientos, como de persona oprimida que apenas podia respirar. Quedé sorprendido del temor; pero á breve rato me acordé de mí mismo, empuñé la espada, y venciendo al temor la osadía, embisto hácia la puerta, y la derribo de un golpe. Entro al instante, y veo una hermosísima Señora, que ya casi sin aliento forcejaba por desprenderse de los brazos de un insolente que la violentaba.

Apénas me vió este, aban-

donó la doncella, púsose en pie, y me dixo con arrogancia: hazte hácia atras, ó tú qualquiera que seas, hombre atrevido, si no quieres probar los extremos de mi indignacion. Esta raya que con la punta de este cuchillo hago en el suelo, sírvate de muro que te impida el paso, si no quieres pagar tu atrevimiento con la vida. Ninguna de estas amenazas me atemorizó, ántes sin responder palabra, avancé dos pasos, y de un revés le corté el armado brazo: dile inmediatamente una estocada, le atravesé el pecho, y lo dexé tendido en el suelo revolcándose en su propia sangre.

¡Que no pueda yo deciros las expresiones de agradecimiento que me hizo la afligida Señora!

Los piadosos cielos (me dixo) recompensen vuestro generoso esfuerzo, ya que la fortuna cruel me tiene reducida á tan miserable situacion que no puedo recompensároslo. Acabad de ser generoso conmigo, sacadme de entre estos desiertos, no me abandonéis, que si el cielo favorece mis designios, os procuraré la mayor fortuna que podais desear. Yo, Señora (le dixé), soy tambien extranjero, y no sé en qué parte me hallo; sin embargo prometo llevaros adonde vos querais: pero ¿qué desgracia os ha conducido á estos parages (le pregunté)? ¡Ah, si lo supierais (me dixo) ::! No pudo proferir otra palabra, porque un torrente de lágrimas le embargó la voz. Pro-

curé entónces consolarla con las mas persuasivas razones que pude, saquéla de aquella triste casa, montéla á grupa, y partimos á buscar alguna senda que nos guiase á parte segura.

Hallámosla en efecto no sin mucho trabajo; y nuestros corazones cubiertos hasta entónces de tristeza, se regocijaron algun tanto. Ahora que estamos ya en parte ménos peligrosa (me dixo), os quiero decir sinceramente quién soy: se os traslucirán de esta suerte las ansias que tengo de seros agradecida. Yo soy Ulrica-Leonor, hija de Heroldo, Rey que fué de Dinamarca ::; ¡Ay de mí! ¿qué es lo que escucho (exclamó arrebatadamente Valdemaro)? Hermana mía ::; amado Padre ::;

Christerno cruel ::: ¡ qué dolor ::!  
yo fallezco :::

Golpe tan imprevisto no podía dexar de abatir el corazón mas esforzado. Valdemaro quedó desmayado, Rosendo absorto, y el anciano poco ménos que confuso: pero este, como tan señor de sí mismo, prontamente supo desembarazarse de la confusión, que no hizo mas que pasar rápidamente por su alma, sin dexar vestigio. Al instante practicó todas las diligencias que le parecieron convenientes para que Valdemaro volviese en su acuerdo; pero, á pesar de todas ellas, continuaba en su desmayo. Tal vez daba algunas señales de vida, arrojaba algun profundo suspiro, proferia tal qual interrumpido

palabra; pero á veces ni aun se le percibia la mas leve respiración: hasta que pasado todo el dia en repetidos deliquios, cerrada la noche, se recobró un poco. Consoláronle con las mas sólidas reflexiones, y se dispusieron para dormir.

Pero Valdemaro, atrozmente afligido con la memoria de sus infortunios, y engolfado en un mar de furiosas pasiones, no podía encontrar sosiego. Incorpórase en la cama, tiende sus descaecidos brazos, reclina la cabeza desfallecida sobre la pared, y reprimiendo la voz y los suspiros, dice: ¿ qué angustia es esta, corazón mio? ¿ qué nuevo dolor te aflige? ¡ Fortuna cruel! ¿ dónde me ocultaré, que pueda verme li-

bre de tu injusta opresion? ¡ Ah! en vano procuran persuadirme: nací para blanco de tus iras, sí: Rosendo mismo ::: ¡ qué nuevas tan infaustas! No sabias tú, Rosendo, á quién contabas tus sucesos, no: tal vez hubieras omitido ::: dulce hermana mia, ¿ dime por qué causa :::? pero ¡ triste de mí! ¿ quién era capaz de pensar, que mi hermana, que Ulrica-Leonor, la hija del Rey Heroldo, habia de llegar al fatal extremo de verse impuramente violentada por un bárbaro bandido? No, ya no hay sufrimiento para tanto mal; no, Valdemaro: ¿ qué esperas ya? acaba de una vez: empuña un agudo cuchillo, abre con él tu pecho, sí, rásgalo de un golpe no te detengas ::: mas

¿ qué digo? ¿ estoy sin juicio? ¿ deliro? ¡ Ah! ¿ qué quereis de mí, Dios mio? ¿ Resistiré á vuestra sábia providencia?

Así habló Valdemaro: las máximas del anciano, aunque tan recientemente impresas en su alma, pudieron evadir los violentos asaltos que le hacian sus antiguas pasiones, y le dexáron mas capaz de escuchar las voces de la reflexión. Hallábase ya mas sosegado, y con mas libertad para ver las cosas como realmente son; á cuya causa, volviendo á conversar consigo mismo, dixo: mira, Valdemaro, que no puedes vivir tranquilamente un instante, hasta que llegues á libertar á tu pueblo de las opresiones de Christerno. El es tu pueblo, y no pue-

des dexar de redimirlo , aunque sea á costa de tu misma sangre. ¿ Será razon que tus legítimos vasallos vivan esclavos de las insolencias del intruso Rey ? ¿ Será razon que aparezcan siempre temblando delante de un infame Juez que léjos de escuchar sus clamores , oye solamente las voces de la torpe adulacion ? ¿ Será justo que sean infelice presa de un tirano ? no. Pues ¿ cómo te detienes en esta gruta ? ¿ Así remedias las ruinas de tu pueblo ? ¿ Así redimes sus miserias ? ¿ De esta suerte escuchas las querellas de tantos desventurados que gimen amargamente baxo el pesado yugo ? ¿ Para esto fuiste librado de las cadenas que oprimian tu cuello ? ¿ Es este el destino que tu

hermana ::: mas ¡ ay de mí ! ¿ qué nuevos desórdenes habrán sucedido , quando se ha visto mi hermana en la precision de abandonar el palacio , y marchar errante , expuesta ::: ¡ dulce hermana mia ! ¡ cuántos trabajos habrás sufrido ! ¡ cuántas miserias habrán oprimido tu alma ! ¡ cuántas noches en continua vigilia habrás pasado suspirando ! ¡ á cuántos riesgos te habrás visto expuesta ! y quieran los cielos ::: ¡ infelice de mí ! me estremezco de pensarlo: quieran los cielos , que no te haya quitado la vida algun insolente semejante á aquel de quien te libró Rosendo. Sí , posible es: pero ¿ Rosendo no sabe en qué parte te dexó ? ¡ ó cuán necio anduve en no preguntárselo ! ¿ Dón-

de estás, hermana mia? Espérame que ya marchó: mañana mismo solicitaré la partida: no será capaz rémora alguna de detener mis pasos.

Dicho esto, se tiende sobre la cama, procura desviar de su imaginacion ideas tristes, recoge su pensamiento quanto puede, y un vapor suave se va esparciendo por sus miembros, y lo dexa rendido al dulce sueño.



## LIBRO IV.

 A *desesperacion*, rabiosa furia infernal, viendo que por el auxilio y máximas del anciano se le escapaba la presa que tantas veces habia tenido entre sus manos, se levanta de su asiento perturbada; grita, da horribles silvidos, y hace estremecer el abismo. Vístese al momento de una triste ropa teñida de negra sangre, se ciñe con una terrible ser-

piente, y sacudiendo con entrambas manos sus cabellos enroscados de viboreznos, sale del obscuro centro; y con vuelo rápido y lúgubre se endereza á la gruta del anciano. Párase junto á un funesto cipres, y dando un espantoso ahullido, dice:

¿Qué es esto? ¿Qué se ha hecho mi antiguo poder? ¿Cómo tan descuidadamente estoy mirando la ruina y eversion de mi soberbio imperio, sin solicitar trazas para evitar golpe tan funesto? ¿Sufriré que un caduco viejo arrebathe la víctima que iba á sacrificarse en mis aras? ¿Quién habrá en adelante que á vista de tan extraño exemplar ofrezca inciensos ni perfumes en mi augusto templo? ¿Heme olvidado acaso de

lo que soy? ¿No soy yo la desesperacion? ¿la misma que ha preparado lazos y hierros para las nobles gargantas y pechos nobles de los mas valerosos héroes? ¿No soy yo la que arrojé á Saul sobre su misma espada? ¿No publica la fama los sacrificios que me ofrecieron Sagunto y Numancia? Publio Licinio Craso ¿no sacrificó su vida en mis sangrientas aras? Eccelino y Caton ¿no derramaron su ilustre sangre ::? ; pero triste de mí! ¿qué importa que en los pasados tiempos se sacrificasen en mis aras tan ilustres víctimas, si se me niega ahora una ofrenda que tantos dias hace que deseo? Valdemaro ::: ¿podré nombrarlo sin avergonzarme? Valdemaro que tantas veces ha estado dentro de

los atrios de mi templo , retrocede ahora por los consejos y máximas de un viejo que tiene la osadía de oponerse á mis derechos. Pero ¿ sufriré acaso que prevalezca sobre mi poder ? No es posible.

Dixo : y batiendo con presteza las asombrosas alas , entra por una claraboya en la gruta, penetra hasta la estancia de Valdemaro , pónese á la cabecera de su cama , y hablándole al interior , le dice : ¡ Sobre quán débiles cimientos fundas tus esperanzas , joven infeliz ! ¿ Aun piensas en Dinamarca ? ¿ Presumes acaso que las vanas máximas de ese viejo impertinente , han de conducirte plácidamente al trono ? ¿ Cómo contrastarás el poder ex-

cesivo y despótico de Christerno ? ¿ Qué fuerzas tienes , ó qué armamentos puede suministrarte ese viejo para invadir á Dinamarca ? Los consejos de una cabeza débil ¿ podrán facilitarte la victoria ? El consejo sin las fuerzas , es en la guerra como una alma que informa un cuerpo trunco , que puede discurrir , pero no puede obrar.

Bien sé que para prevenirte de lo necesario intentas marchar á la Suecia ; pero ¿ quién te promete el arribo ? ¿ Qué baxel podrá conducirte con seguridad ? Ese débil barquichuelo en quien tal vez fundas tu confianza , arrojado á las inconstancias del mar ¿ podrás conducirlo adonde quieras ? Ciertamente que las sirtes y los escollos le despejarán el paso para

que prosiga su curso con felicidad. No, Valdemaro, no; tú has nacido para arrastrar la cadena de las desgracias, ella trae su origen de las estrellas: y no hay fuerzas humanas que puedan quebrantarla. Christerno se ha hecho poderoso, sus vasallos le temen y le adoran, y ántes que abandonarlo, ofrecerán sus nobles pechos á la enemiga espada. Tu hermana que podia servirte de algun consuelo, llevada de una locura igual á la tuya, quiso marchar tambien á la Suecia; pero la fortuna que jamas le será feliz, despues de haberla maltratado por mares y por tierra, la habrá sin duda sepultado en las undosas aguas del Báltico; si ya tal vez armada de fuerza y valentía,

no ha triunfado de la fortuna dándose á sí misma la muerte.

Este es el único recurso de los que han nacido para ser infelices. La muerte sola puede prevalecer sobre los infortunios, serenar las tempestades de una vida agitada, burlarse de las persecuciones de la fortuna, y dar fin á todos los males: los consejos, las máximas y reflexiones no aprovechan sino á las almas mezquinas que no conocen el verdadero heroismo. Ese viejo, ese mismo viejo que te aconseja, se habria dado mil veces la muerte, si no le hubiera floxeado el cobarde brazo á la mitad del impulso: falto de valor para matarse, y falto de constancia para sosterner el peso de sus miserias,

se vió precisado á recurrir á una filosofía salvage , y á una torpe misantropía.

No , no sigas exemplar tan infame : supuesto que no puedes ser feliz , pues no es posible ni que vuelvas á Dinamarca , ni que veas á tu hermana , ni que dexes de perseguirte la desgracia , sepas atropellar valerosamente tantos obstáculos como se te oponen. Será ignominia que publique despues la fama , que Valdemaro murió infelizmente á manos de una obstinada fortuna ; diga sí , que supo triunfar de ella noblemente : de esta suerte , la posteridad mas remota contará al hijo del grande Heroldo entre los mas ilustres héroes. Anda , ve ; ahora no habrá nadie que te lo

estorbe ; sube otra vez á la cumbre de aquel monte donde te conduxe anteayer , y precipítate valerosamente ; que del mismo sitio donde quedará tendido tu cuerpo , brotará el laurel que ha de coronarte.

Dicho esto , sale furiosamente de la gruta á tiempo que la aurora comenzaba á declararse. Valdemaro despierta despavorido , los cabellos desgreñados , la frente con sobrecejo , los ojos encarnizados , los labios temblosos , y todo él cubierto de un ayre lúgubre : parece que las furias habian entrado en su cuerpo para atormentarlo. Con sus terribles gritos hace estremecer las paredes de la gruta , desquicia la puerta , y marcha furiosamente , á la ma-

nera que el enfurecido leon sale de su cueva en busca del cazador que le robó sus cachorrillos. El anciano y Rosendo despiertan sobresaltados, salen de la gruta, y viendo correr á Valdemaro descarriadamente por aquellos montes, piensan que ha perdido el juicio. Llámánle ansiosos repetidas veces, pero él, haciéndose sordo, no piensa sino en seguir su fatal destino: hasta que el anciano, viendo que iba seguramente á precipitarse, dixo con una voz fuerte, cuyo eco resonó por todos aquellos montes: *á lo ménos aguardaos, y veréis á vuestro amado Andrónico.*

Con la misma prontitud que una saeta disparada por mano diestra corta el vuelo á la fugi-

tiva paloma atravesándola de parte á parte, así el nombre de Andrónico cortó á Valdemaro el paso á la mitad de su furiosa carrera. Párase dudoso á ver si se repetirá el nombre que tan dulcemente ha herido sus oídos; y el anciano entónces vuelve á decir: mirad, hijo mio Valdemaro, que este viejo que os habla, no es ya un viejo incógnito, sino aquel mismo Andrónico á quien tanto amais. Apénas oye estas últimas palabras, corre desalado hácia el anciano, abrázalo con ternura, y quedan ambos poseidos del silencio. Valdemaro mira atentamente al anciano, repara en su fisonomía, y no acertando á dar crédito á sus ojos, pregunta lleno de alborozo: ¿vos sois An-

drónico ? ¿ aquel mismo Andrónico á quien mi padre amaba tanto ? ¿ sois vos Andrónico ? Ese mismo soy (respondió). ¿ Qué esperabais á declararos (replicó Valdemaro) ? ¿ Cómo habeis tenido valor para retardarme tanto tiempo el gozo que me arrebatara ? Si os hubiera conocido desde el principio ::: pero ¿ cómo era yo capaz de conoceros ? Vuestras palabras , vuestra afabilidad , vuestros discursos me parecian de Andrónico , pero el rostro no. ¡ Qué sucesos os habrán acontecido desde el dia de vuestro destierro ! ¿ Por qué lances llegasteis á esta deliciosa isla ? decidme ::: Mas ¿ dónde me extravió ? Amado Andrónico , puesto que tengo ya la dicha de ve-

ros , dexadme preguntar á Rosendo dónde dexó á mi hermana : ¿ vive todavía ? ¿ está en salvo ? No , no es posible : mi hermana habrá perecido irremediabilmente entre las ondas. ¿ Cómo habeis llegado vos , ó Rosendo , á esta playa con esa débil barca ? Vos escapasteis de la tormenta , y mi hermana debió quedar anegada.

No sabia Rosendo qué responderle , porque ignoraba si Ulrica-Leonor habria perecido en el naufragio , ó si habria tenido la fortuna de salvarse en alguna tabla ; pero Andrónico que por superior conducto estaba informado de su destino , dixo con amable gravedad : vuestra hermana vive , vos la volveréis á ver pacícamen-

te, vuestra cabeza y vuestras manos se verán ocupadas con la corona y cetro de Dinamarca: escuchadme. No replicó Valdemaro, ántes con respetosa sumision se apercibió para oír á Andrónico que habló de esta manera.

Sucedió la muerte de Heroldo. Ya sabréis, ó Rosendo, la escandalosa revolucion de Dinamarca por la ambicion de la corona ::: Ya lo sé (respondió Rosendo), todo me lo contó la hermana de Valdemaro; no os canseis en repetirlo. Sucedió tan infame muerte (prosiguió Andrónico), y colocado Christerno en el trono, comenzó á introducirse el desorden en el pueblo. Yo que conocia bien el carácter de Christerno, pensé al instante, que nin-

guno de los Ministros elegidos por Heroldo continuaria en sus empleos, ni podria formar felices esperanzas ninguno que fuese adicto á Valdemaro. Así sucedió puntualmente.

Estaba yo retirado en mi casa con otros Grandes, lamentando la muerte de Heroldo, y la desdicha que iba á caer irremediabilmente sobre el pueblo. Todos habian oído decir, que Valdemaro habia envenenado á su padre, pero todos estaban bien léjos de creerlo: y esto ocupaba no poco lugar en nuestras conversaciones. Entró en este tiempo un enviado de Christerno, y me notificó el destierro. Los Grandes que estaban conmigo, quedáron sorprendidos, y no acertáron

á hablar: mas pena tuve en consolarlos, que en sufrir el golpe que cayó derechamente sobre mí. Admití con serenidad la sentencia, y sin dexar despedirme de mi familia, me conduxeron al puerto, me embarcáron, y despues de algunos dias de navegacion, me dexáron en una espesa selva que se forma á la otra parte de esos montes.

No sentí por entónces ni la mas leve afliccion en mi ánimo. Con bastante resignacion pasé los primeros dias en aquel solitario parage. Los diferentes géneros de árboles que lo cubren, estaban entónces cargados de sus frutos. El murmullo de sus hojas, mezclado con el lisonjero susurro de los arroyos que corren fugitivos

al traves del bosque, me llenaban de un contento indecible: solo sentia no tener instrumentos con que cultivar la tierra, y cortar las ramas supérfluas de los árboles para que diesen mejores frutos.

Mas ¡ ay de mí ! despues de algunos dias, quedó mi corazon abatido de la mas profunda tristeza. Comenzaban las espesas sombras de la noche á desvanecer la luz que dexó el dia. Sordos los vecinos montes, muda la selva, y sereno el ayre, infundian un dulce horror en mi sosegado corazon. Convidada de esta silenciosa quietud, apareció sobre el horizonte la hermosa luna, la qual llegando sosegadamente hasta la mitad del cielo sembrado

de estrellas, ofrecia el mas bello espectáculo. El mar tranquilo, á manera de un dilatado espejo, representaba la belleza de todas estas imágenes, cuya contrapuesta variedad añadía nuevo realce á los placeres de la noche. Dulcemente enagenado en tan sabrosa contemplacion, me sorprehende el sueño: pero ¡á qué mudanzas no están expuestos los gustos de esta vida! un espantoso estrépito me despierta á breve rato: abro los ojos, y veo trocada en tempestad horrible la dulce bonanza que poco ántes habia dexado. La rápida sucesion de rayos desprendidos con estruendo de los negros nublados, el silvido de los vientos que con incontrastable violencia arrancaban los árboles

mas robustos, el bramido de las olas que chocaban soberbias con las nubes, los montes del contorno repetidamente iluminados con la funesta luz de los relámpagos, me cubrieron al instante de un terror nunca experimentado. Del centro de este terrible desórden oigo salir unos profundos gemidos. ¡Qué nuevo dolor vino á martirizarme! A la reverberacion de los relámpagos divisó una nave fluctuando entre las enfurecidas olas, que venia á estrellarse irremediabilmente contra la punta del peñasco donde yo estaba. Quería darle socorro, pero ¡cómo era posible! Retírome á lo interior de la isla por no ver tan funesto espectáculo, espero á que amanezca, vuelvo á la orilla

del mar , y veo cubierta el agua de cadáveres , tendidos otros sobre la arena , esparcidos acá y allá algunos cables , bancos destrozados , un árbol hecho pedazos , varios remos , y una pobre lancha arrimada á las rocas.

Este desorden me reproduxo la imágen de Dinamarca , tranquila quando la gobernada Heroldo , y combatida ahora de tempestades baxo el mando de Christer-no . ¡ Quánto veneno derramó en mis entrañas esta triste memoria ! Desde entónces ya no podía respirar sino un ayre contagioso que marchitaba las flores esparcidas sobre la tierra por la mano de la primavera , y casi desecaba los frutos que pendian de las ramas de los árboles. Mi espíritu com-

primido de las fantasmas que le sugería una imaginacion triste , se confundía dentro de sí mismo , y no podía apartar de sí la memoria de la muerte de Heroldo , que le afligia mas sin ponderacion , que mi destierro y el desconsuelo de mi familia. Ya no salian de mi pecho mas que suspiros amargos , y mis ojos solo derramaban lágrimas tristes que , á manera de un humor acre y corrosivo , lastimaban mis mejillas , y abrian en ellas profundos surcos. Toda la naturaleza se presentaba á mis ojos cubierta de sombras que llevaban consigo el espanto y el terror.

¡ Oh soledad ( decia yo un dia que me hallaba casi consumido de la tristeza ) ! ¡ Oh triste soledad ,

y cuán enormemente se engañan los que piensan que en tu recinto se halla el templo de la dulce paz! Allá en el tumultuoso embarazo de la corte, por qualquiera parte miraba la imágen de mi dolor, y aquí por todos los espacios de tu imperio veo representaciones no ménos funestas. Montes, árboles, arroyos, flores, ¿qué son mas que tristes fomentos de las pesadumbres que me devoran? No eres ya para mí ¡ó soledad! mas que teatro de aflicciones. Pensaba hallar en tí un delicioso cúmulo de objetos que calmara mis desconsuelos, pero no he hallado sino incentivos para mi tristeza. ¡Luego ya no tendré por compañeros sino á la sombra y al horror!

¡ Oh dura parca! ¡ oh parca inexôrable! he aquí los estragos que has ocasionado. ¿ Por qué has arrebatado con tan excesiva presteza la vida del que merecia vivir eternamente? ¡ Con que nadie puede verse al abrigo de tu rigor! ¡ Con que por todas partes donde el sol extiende sus rayos, y se dexa percibir el soplo de los vientos, se encuentran destrozos de tu sangrienta guadaña! Debieran sentir solamente tu rigor los malvados hijos que sacan del pecho de sus madres la dulce sangre que les dió alimento en sus tiernos años: las infieles esposas que despues de haber profanado el honrado lecho de sus maridos, tiñen el crudo hierro con su inocente sangre: los díscolos

que con alevos homicidios difunden el estrago por la tierra : los hipócritas sacrílegos que se burlan de la virtud , y fingen amar la religion por satisfacer sus pasiones: los ingratos que no se atreven á levantar la cabeza para corresponder á quien los sacó del abismo de la nada : los crueles envidiosos que quieren hincar el venenoso diente hasta en el verdadero mérito : los soberbios que sobre las ruinas de los pobres levantan el trono de su caduca felicidad ; todos estos debieran sentir justamente tu rigor ; pero los inocentes , los que son el honor de sus tiempos , las delicias de la humanidad , y la gloria de su pueblo ; los que posponen sus bienes á los de la religion , ¿ por qué

han de sujetarse á tu ferocidad ?  
 ¡ Oh suerte injusta ! *Heroldo* :::  
 ¡ Quán dulcemente suena á mis oídos este nombre tan amable !  
 Mas ¡ ay , que no lo pueden proferir mis labios , sin que el fiero dolor redoble los martirios á mi alma ! *Heroldo* , amable *Heroldo* ,  
 ¿ tambien ha sido vuestra vida cruelmente arrebatada por la mano de la muerte ? ¡ Oh golpe duro ! ¡ oh bárbara violencia !

Verdes hayas , pomposas encinas , elevados riscos , arroyos lisos , si vosotros conocierais al héroe que nos ha robado la muerte , veriais con quánta razon riegan mis lágrimas la tierra , con quánta razon llenan mis suspiros los inmensos espacios de los vientos , con quánta razon levanto mis

quejas hasta el cielo ; y aun podría ser que acompañarais mis lúgubres lamentos.

¡ Alma mia ! ¡ alma querida ! ¿ dónde exístes ? ¿ Ya no tienes ideas agradables y risueñas con que divertir mi imaginacion ? ¿ Se han acabado ya las sérias y sólidas reflexiones que solian en otro tiempo suavizar mis pesadumbres ? ¡ Ay ! qualquiera hombre , aun en medio de sus mas devoradores pesares , puede hallar en tí las mas dulces consolaciones ; ¿ solo yo vivo privado del mismo bien que tengo dentro de mí mismo ? ¡ Qué dolor ! Alma mia , ¿ no me oyes ? Si tú no das oidos á mis quejas , ¿ quién las ha de escuchar ? ¿ Podrán oirme por ventura los riscos de esta

soledad , quando mis lamentos parece que se sufocan por el confuso rumor que forma el denso follage de esos árboles , y mis ayes se confunden con los ecos que me los repiten ?

Apénas hube desahogado un poco mi corazon con estas sentidas quejas , me recliné sobre el tronco de un antiguo roble , para ver si podría tomar algun descanso ; pero fué en vano. Los infaustos recuerdos de la dignidad de que habia sido injustamente depuesto , vinieron á insultarme de tropel , y me sumergieron de nuevo en un abismo de tristeza ; pero el cielo , compadecido de mi situacion , quiso de otro modo fortalecer la debilidad de mi espíritu.

Cerró la noche, y de allí á poco comenzó insensiblemente á introducirse en mis miembros aquel vapor suave que suspende nuestros movimientos, y quedé dormido. Al instante se vió mi alma transportada á una desconocida region. Hallóse en medio de una espaciosa llanura cerrada con murallas de lúgubres cipreses: todo el recinto estaba lleno de suntuosos mausóleos, unos en forma de pirámides, cuyas vertices casi tocaban las nubes, y otros á manera de altares, cuya magnificencia ofrecia la mas bella vista. En todos se veian grabados sus epitafios, y sobre ellos estaban esculpidas las insignias de los héroes que encerraban. De trecho en trecho notaba sobre la tierra

algunos pobres atahudes cubiertos de lúgubre vayeta, y cuerpos tendidos por el suelo envueltos pobremente en una túnica miserable.

Paseaba lleno de pasmo por aquella lóbrega region. Con la claridad de la luna que brillaba en medio de un cielo despejado, iba curiosamente notando aquellos soberbios mausóleos; y la curiosidad me hacia leer los pomposos epitafios que en ellos estaban grabados. ¡Qué notable diferencia (me decia yo á mí mismo)! Quando los hombres comunes y que no han sabido brillar sobre el resto de los mortales, yacen olvidados entre polvo, corrupcion y gusanos, los grandes hombres, los héroes que

han llenado de admiracion al mundo, despues del transcurso de muchos siglos, aun respiran en suntuosos mármoles. ¡Felices aquellos que se hallan en proporcion de executar brillantes acciones! Aun quando la parca injusta no quiera perdonarlos, reanimarán despues sus cenizas; y debaxo de sus mismos golpes, se levantarán con una vida toda inmortal. Yo mismo podria llegar en algun tiempo á immortalizarme, si Heroldo ::: pero ¡ay de mí! en esta region donde estoy olvidado ya de los del mundo, solo tendré una triste sepultura que cubrirá para siempre mi cuerpo y mi memoria: ¿qué he dicho? las fieras, las aves de rapina partirán en menudos trozos

mi triste cuerpo, y aun no tendré la dicha de que mis amigos lo envuelvan en algun funesto paño.

Así discurría yo, quando un ronco y pavoroso viento me sorprende de improviso. La tierra se estremecía baxo de mis pies, los mausoleos temblaban impetuosamente, los cipreses se desgajaban con estrépito, y de quando en quando se percibia un ruido sordo, como de huesos descarnados que chocaban. Al instante se cubrió el cielo de negras nubes, y la luna retiró sus resplandores. El horror en medio de la obscura noche, y el pálido silencio de aquellos sepulcros, hicieron erizar los cabellos sobre mi cabeza, y entorpecié-

ron mis miembros de suerte, que ni aun tenia libertad para moverme.

En tan espantosa situacion, he aquí que veo venir un viejo desnudo, la cabeza calva, la barba blanca, embarazada la mano diestra con una corva guadaña, sosteniendo con la izquierda un reloj de arena, y batiendo dos grandes alas que casi le cubrian el cuerpo. Tú (me dixo con voz terrible), tú á quien todavía deslumbran las dignidades y los honores, tras los quales corren atropelladamente los hombres, repara si encuentras diferencia entre el polvo del Monarca, y el del mas infeliz esclavo. Dixo: y dando un terrible golpe en el suelo con su guadaña, cayéron con pre-

cipitacion todos aquellos soberbios mausoleos, y al instante quedaron reducidos á polvo. Doblóseme entónces el terror, y mis espíritus casi desfallecieron: solo pude ver la ninguna diferencia que allí habia: todo era polvo, corrupcion y podredumbre. Anda, ve á buscar por otro camino el templo de la inmortalidad (me dixo). He aquí en qué paran los títulos de grandeza, que tanto buscan los del mundo. Ellos piensan que despues de su muerte vivirán en las historias, ó en los mármoles que saldrán á porfia de sus canteras, para formar otros tantos monumentos de orgullo como los que has visto; pero se engañan enormemente: su vida se acaba en el mismo instante que

mueren ; y su memoria , por mas que quede grabada en bronce , no puede tener mas duracion que la de un breve minuto , si se compara con la eternidad. Yo , yo mismo , el *Tiempo* , consumo y aniquilo todas las obras que tienen la vanidad por basa : los edificios que se fundan sobre la virtud , no están debaxo de mi jurisdiccion ; ellos pasan hasta la region inmensa de la eternidad , y se grangean el título de inmortales. Con esto desapareció.

Desperté cubierto de un sudor frio , y hallé que el sueño me habia sido instructivo. Miré desde entónces con otro aspecto los títulos pomposos de grandeza que ántes me deslumbraban ; y á poca reflexion acabé de co-

nocer enteramente su vanidad. Este conocimiento me hizo tomar la resolucion de recorrer toda la isla , y buscar otro asilo mas agradable para concluir en él pacíficamente la carrera de mi vida.

En efecto , quando comenzaba á despuntar la aurora , dobla la cumbre de esos montes , y baxo hasta la orilla del mar ; pero apenas pongo los pies en la enxuta arena , quando sale á recibirme con los brazos abiertos un anciano venerable. Su barba larga y encanecida , y su estatura algo encorvada pero magestuosa , me llenaron de admiracion y de respeto : y mucho mas , quando apretándome afectuosamente entre sus brazos , me dixo con voz

trémula: Andrónico, Andrónico, vos venis á recoger mis últimos suspiros, y dar sepultura á mi cuerpo fatigado. ¿De dónde sabeis vos que yo soy Andrónico (le pregunté admirado)? Os lo diré brevemente (me respondió). Vámonos á mi habitacion, y allí os informaré de todo.

Movió luego sus tardos pies, y despues de haber descansado un rato en su gruta, me habló de esta manera. Apénas conocí que todo lo que se reconoce debaxo del sol, no es mas que vanidad, repartí toda mi hacienda entre los pobres, y me retiré á esta isla. Escogí este ángulo de tierra que me pareció mas proporcionado para el cultivo, y yo mismo, con un trabajo no inter-

rumpido, lo he dexado en la hermosa disposicion que se dexa ver; logrando hacer de un terreno áspero, una soledad amable, donde todas las criaturas me excitan á cada paso los pensamientos mas sublimes. El sol que se eclipsa, la flor que se marchita, la yerba que se seca, el árbol que se despoja de sus hojas, y la fuente que se agota, todos me predicán con un lenguaje sencillo, que he de morir algun dia, y que en un instante he de pasar de este mundo caduco á una region eterna, donde han de ser recompensadas las virtudes y castigados los vicios.

Desde aquí he visto las revoluciones de Dinamarca, la muerte de Heroldo, las maldades de

Christerno, la desgracia de Valdemaro, y las que le han de perseguir igualmente que á su hermana, la degradacion y destierro de Andrónico, y las opresiones del pueblo. Os confieso, señores (dixo Andrónico), que me llené de admiracion quando acabé de oir estas palabras; pero al instante acudió Alberto (que así se llamaba el anciano), y me dixo: no os pasmeis, que nada hay imposible para Dios. Ese Señor Eterno, que no tiene semejante en gloria, ni igual en poder, ni es comparable en sabiduría ni en bondad, me llamó desde mis tiernos años á la soledad para hablarme al corazon: y he aquí por qué conducto llegué á saber lo que os acabo de decir. El sueño que habeis tenido

esta pasada noche, me es notorio, no ménos que el destino de Valdemaro. Tú lo verás llegar algun dia á esta isla, acompañado de la desesperacion que le irá preparando el camino para su ruina, pero por la providencia de Dios, quedará vencida la rabiosa furia. Luego tomaréis vuestro rumbo, encontraréis á Ulrica-Leonor, se doblarán los trabajos, amenazarán nuevos peligros, y aprenderá Valdemaro el arte de compadecerse de los infelices; y vos procurad que copie fielmente las virtudes de su padre. Christerno caerá ignominiosamente desde la eminencia de su trono, y Valdemaro entrará como Angel de paz á ocuparlo. De este modo eleva la Providencia divina á

los virtuosos humillados , y abate á los protervos exáltados.

¡ Oh tierra de Dinamarca ! si yo tuviera la fortuna de volver á verte ( exclamó Valdemaro ). ¡ Oh dulce hermana mia , si yo pudiera encontrarte ! Pero ; triste de mí ! ; si serán ilusiones de una imaginacion agitada lo que me acabais de decir , amable Andrónico ? ; Cómo es posible que yo encuentre á mi hermana , ni que llegue otra vez á ver á Dinamarca ? Quando la relacion que me hizo Alberto de las revoluciones y desgracias sucedidas ( respondió Andrónico ) no fuese cierta , podríamos dudar de sus predicciones. Dexaos gobernar de la Providencia divina , mi querido Valdemaro : no hay suceso alguno

que no reconozca por principio al supremo y absoluto Ser que lo ha criado todo , y todo lo conserva maravillosamente. ; Podremos dexar de ver la mano de la Providencia en todos los lances que nos han acontecido hasta ahora ? Mas no interrumpamos nuestra narracion.

Vos , ó Andrónico ( me dixo últimamente ), volveréis otra vez al mundo , donde se aman las riquezas , se buscan los placeres , se inciensan los vicios , se desprecian las virtudes , y solo se adora la vanidad y el orgullo. Vos sentiréis extremadamente apartaros para siempre de esta soledad alegre , pero es preciso que la dexeis : vuestra felicidad propia debe posponerse á la quietud de

Valdemaro , y al sosiego del pueblo. Estas bellezas pasajeras han de caer algun dia en el abismo de la nada de donde salieron: solo las debemos amar , en quanto nos conducen á la contemplacion de aquella suprema Inteligencia que las ha criado. Si yo no hubiera pensado de esta suerte , sentiria dexarlas ahora , pero sé que han de desaparecer para siempre , y que yo he de morir , y dentro de breve tiempo : ¿ qué he dicho ? en este mismo instante he de habitar en otra region donde todo es eterno.

Ya , ya veo venir á la muerte á desatar los lazos que me tienen asido á esta pequeña porcion de barro , ya la veo muy cerca de mí , pero no la temo : ella

no tiene horrores ni espantos para el que ha vivido bien , ántes se aparece con rostro risueño y lisonjero. Andrónico , á Dios ::: no tengo mas que deciros. Yo muero contento de haberos declarado la voluntad de mi Dios; el que la obedece , vivirá feliz ::: ¡ Qué placer oculto siento dentro de mí alma ! A Dios , Andrónico ::: Este feliz desierto , esta soledad deliciosa es herencia vuestra , no tengo mas que dexaros ::: cuidad de restituir mi cuerpo á la tierra de que fué formado , que mi alma confio irá derechamente á unirse con su Criador.

Dicho esto , se reclina sobre mí , tiende los brazos , y muere. No podré deciros los afectos de ternura que me causó su dicho-

sa muerte , ni las lágrimas que derramé sobre aquel glorioso cuerpo. La muerte no pudo desfigurarlo : quedó como si estuviera vivo , tan flexible y manejable como ántes. ¡ Ah , que la muerte de los justos es muy preciosa en los ojos del Señor ! En conclusion , dí al cuerpo de Alberto sepultura al pie de aquella palma que allí veis. Mirad aquel lirio que ha salido de sus mismas cenizas. ¡ Oh lirio misterioso ! Tú reproduces continuamente en mi alma la memoria de Alberto. ¡ Oh Alberto amable ! ¡ quién tuviera la dicha de morir como vos en esta soledad !

FIN DEL TOMO I.

Alaska - 1967

